

SOLDADOS DEL ESPACIO

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



SOLDADOS DEL ESPACIO

A. Thorkent

CIENCIA FICCION

Soldados del espacio

A. Thorkent

La Conquista del Espacio/583

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 27.385-1981

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1.ª edición: octubre, 1981

Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

CAPÍTULO PRIMERO

Tomó la colilla encendida que le pasó el sargento MacClure y con la punta de los dedos se la llevó a los labios. La larga chupada hizo correr vertiginosamente la brasa y se quemó los dedos. La tiró y saboreó el humo, consciente de que tal vez no volvería a fumar en muchos días.

Los suministros no habían mejorado desde hacía meses y quizás no llegasen más, si eran ciertos los rumores que corrían de que aquel mismo mes serían reembarcados. El capitán Thomas Allemby hundió las manos en los bolsillos del capote sucio y lleno de barro con el cual intentaba mitigar el frío de la madrugada.

—¿Será cierto, señor? —oyó que le preguntaba el sargento.

—Se ha rumoreado lo mismo muchas veces —replicó el capitán echando un vistazo por encima de la trinchera.

Retiró la cabeza rápidamente. Las líneas turcas estaban muy silenciosas aquella mañana, dos de enero de 1916. La niebla que subía desde el estrecho de los Dardanelos se pegaba al suelo de la península de Gallípolis pesadamente, como queriendo penetrar en la tierra removida una y mil veces por los obuses.

—Pero alguna vez tendrá que ser verdad —dijo el sargento mientras limpiaba con un trapo muy sucio su rifle—. Alguna vez tendrán que decidir si dejamos morir aquí a todos o reembarcarnos.

Thomas le miró en silencio. Luego recorrió con la vista a lo largo de la trinchera, donde, aparte de los centinelas, los hombres aún dormitaban. De su compañía apenas quedaban veinte hombres, aunque tenía al mando más de doscientos, procedentes de otras unidades que se habían quedado sin oficiales. Ya había comunicado aquello al mando de la división, la veintinueve, y esperaba que le enviasen algún teniente y varios sargentos para poder organizar a aquellos soldados a los que el desaliento y el cansancio postraba entre las zanjas.

Allemby estaba en Gallípolis desde el fatídico 25 de abril del año anterior, el día en que las fuerzas aliadas francesas y británicas desembarcaron, confiando en una rápida victoria frente a las que estimaban inferiores tropas turcas.

Allá en Londres estaban seguros de que la acción bélica les conduciría en pocos días hasta Estambul. Con la conquista de la parte turca europea confiaban en estrangular al gigante con los pies de barro, el gran enfermo como también llamaban al Imperio Otomano, dominando el Bósforo.

Pero tales esperanzas se habían esfumado hacía muchos meses. La resistencia turca había resultado más fuerte de lo esperada, y las tropas aliadas habían tenido que pegarse al terreno y sufrir cuantiosas bajas, además de padecer disentería y otras enfermedades.

Thomas chapoteó en el barro y caminó hacia el otro extremo de la trinchera. Al pasar frente al polvorín, el soldado que montaba guardia, un joven pelirrojo y lleno de pecas, se puso firmes.

—Tenga los ojos bien abiertos, soldado. Ahí dentro tenemos demasiadas municiones. Si los turcos lo supieran se echarían sobre nosotros como locos.

El soldado asintió y Thomas continuó la ronda. Días atrás el polvorín con cientos de cajas de municiones estaba más lejos de los turcos, pero sufrieron un duro ataque y tuvieron que retroceder, sin poder evacuar los dos millones de cartuchos por falta de enlaces con la retaguardia.

Vio al cabo Fisches doblar un recodo. Le seguía un oficial con el uniforme insultantemente limpio.

Thomas se detuvo y esperó. El cabo le saludó, diciendo: —Señor, es el teniente Roscot.

El teniente se adelantó y después de saludar, dijo: —Me envían a su unidad, capitán.

Thomas se dijo que antes de dos horas aquel limpio uniforme estaría irreconocible a causa del barro. El teniente era joven, apenas tendría unos veinte años. Quizá fuera aquella la primera vez que llegaba hasta una línea avanzada. Se dijo que recibir el bautismo de fuego en un frente como aquél era una mala jugada.

Miró por encima los papeles que le entregó el teniente. —Bien, Bill. Puedes lIamarme Tim —sonrió el capitán—. ¿Puedo saber qué has

hecho para que te castiguen enviándote a este infierno?

—¿Señor? —preguntó el teniente enarcando una ceja.

—Olvídalo. Era una broma. Una triste broma.

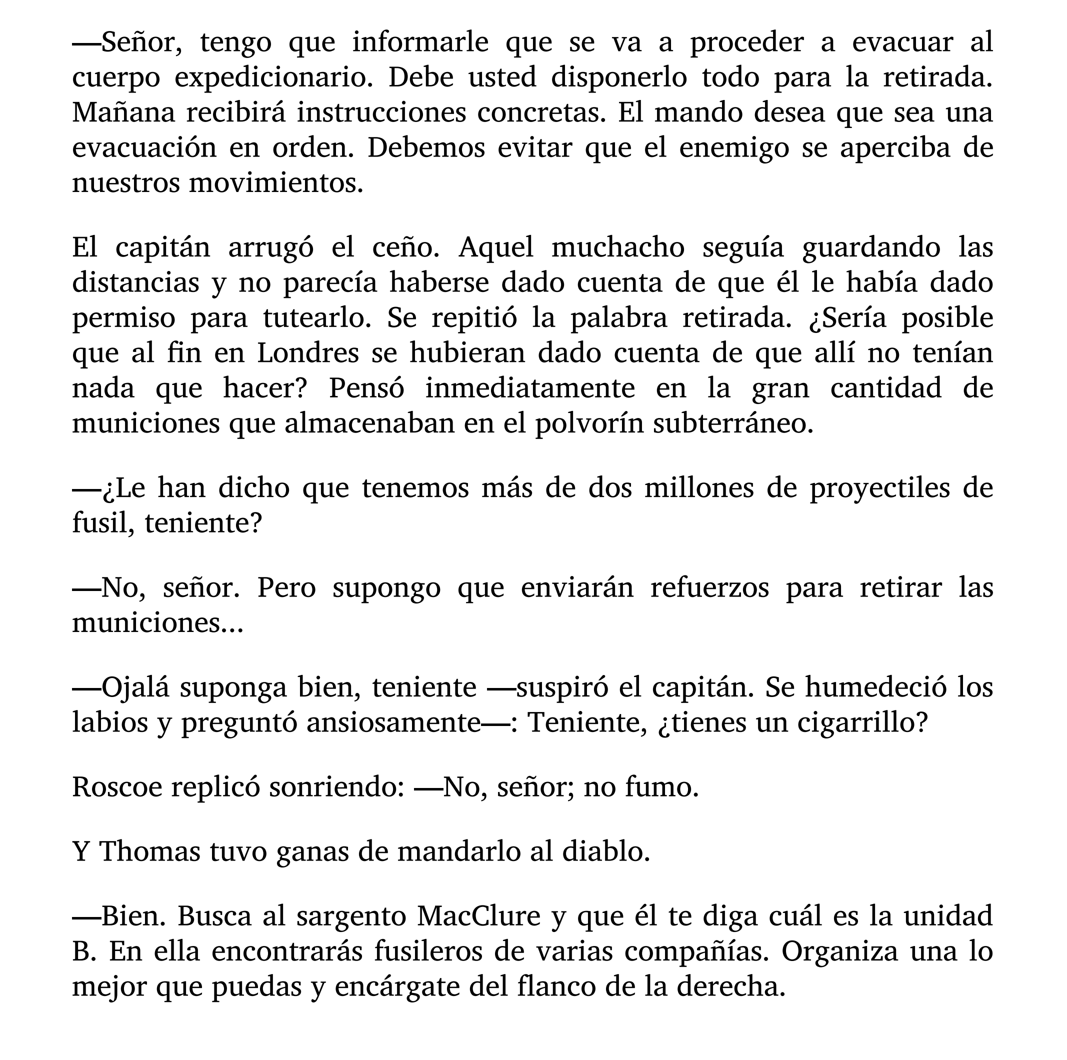
—Traigo un mensaje para usted del mando, señor.

—Dámelo.

—Lo siento, señor. Es verbal —dijo Roscoe mirando de reojo al cabo.

Thomas indicó a Fisches que se alejase, lo que hizo el cabo mirando al recién llegado de arriba abajo, con evidente desprecio.

—Bien, teniente, dime que es.



—Señor, tengo que informarle que se va a proceder a evacuar al cuerpo expedicionario. Debe usted disponerlo todo para la retirada. Mañana recibirá instrucciones concretas. El mando desea que sea una evacuación en orden. Debemos evitar que el enemigo se aperciba de nuestros movimientos.

El capitán arrugó el ceño. Aquel muchacho seguía guardando las distancias y no parecía haberse dado cuenta de que él le había dado permiso para tutearlo. Se repitió la palabra retirada. ¿Sería posible que al fin en Londres se hubieran dado cuenta de que allí no tenían nada que hacer? Pensó inmediatamente en la gran cantidad de municiones que almacenaban en el polvorín subterráneo.

—¿Le han dicho que tenemos más de dos millones de proyectiles de fusil, teniente?

—No, señor. Pero supongo que enviarán refuerzos para retirar las municiones…

—Ojalá suponga bien, teniente —suspiró el capitán. Se humedeció los labios y preguntó ansiosamente—: Teniente, ¿tienes un cigarrillo?

Roscoe replicó sonriendo: —No, señor; no fumo.

Y Thomas tuvo ganas de mandarlo al diablo.

—Bien. Busca al sargento MacClure y que él te diga cuál es la unidad B. En ella encontrarás fusileros de varias compañías. Organiza una lo mejor que puedas y encárgate del flanco de la derecha.

Roscoe saludó y se retiró. Parecía caminar por el fango con cuidado, lamentando manchar sus relucientes botas altas. El cabo se acercó y después de lanzar una imprecación, dijo: —Me habría gustado que tropezara cien veces mientras le traía aquí, señor, y que se manchase su bonito uniforme de una condenada vez.

Thomas estuvo a punto de decirle que si tenían suerte y los turcos no lanzaban un nuevo ataque quizás Roscoe consiguiese no mancharse el uniforme.

—¡Vaya tipo! —exclamó el cabo—. Y encima no fuma.

No quiso decirle que pronto se largarían de allí. No difundiría la noticia mientras no recibiese la confirmación del mando.

Se subió sobre una caja de madera de munición vacía y con los binoculares oteó el horizonte. Rastreó las trincheras enemigas. Cuando creyó percibir cierto movimiento en ellas temió que se estuviese preparando un ataque.

—¿Es que esos malditos no pueden esperar unos días? —masculló—. Al menos dos. Sólo dos días y que se queden con su país para siempre.

—¿Decía, señor? —le preguntó el cabo colocándose a su lado.

—Nada, cabo. Pensaba en voz alta. Corra la voz. El enemigo parece estar preparando un ataque.

—Sucios otomanos —escupió el cabo, marchándose seguidamente.

Primero fue un rumor sordo, que se extendió a todo lo largo de la atormentada tierra que el capitán tenía delante:

Luego el ruido creció y empezaron a aparecer las primeras figuras, destacando sobre ellas las afiladas y largas bayonetas.

Los soldados empezaron a apoyar sus rifles sobre el largo de la trinchera y sonaron los gritos de alerta. Thomas vio las gorras escocesas en varios hombres, en lugar de los cascos de acero.

Al frente, la difuminada masa enemiga se hacía más compacta y los gritos de aliento de los oficiales turcos empezaban a resonar con más virulencia. Vio más de un fez rojo y el agitar de sables en el aire.

Thomas llamó al corneta. Quería tenerlo a su lado cuando llegase el instante en que debía ordenar fuego a discreción.

Aquel asalto no había estado precedido por el consabido bombardeo de las piezas turcas. Si el mando enemigo, había ordenado un ataque por sorpresa éste había dejado de tenerla porque aquellos rudos y valientes soldados turcos ya lanzaban al aire sus gritos de combate mientras las órdenes de sus oficiales les animaban a cruzar la tierra de nadie.

Un soldado colocó a su lado una caja de granadas de mano. Thomas amartilló su revólver después de comprobar que estaba cargado. Lentamente se quitó la gorra de plato, que colgó del cinturón, y se caló el casco de acero. Gritó a los demás soldados que hicieran lo mismo y éstos le obedecieron de mala gana.

Se preguntó qué estaría haciendo el nuevo teniente y lamentó que su primer día fuera también su bautismo de fuego.

Levantó el percutor del revólver y en toda Ia trinchera fue escuchado el ruido de más de cien cerrojos de rifle.

Los gritos del enemigo estaban más cerca y no tuvo ocasión de ordenar el fuego. Alguien disparó y en seguida todos los demás lo hicieron.

Las descargas se sucedían rápidamente. Las ametralladoras empezaron a cantar su larga melodía de muerte y algunos se precipitaron al arrojar las primeras granadas de mano que explotaron a demasiada distancia de los primeros soldados turcos.

A Thomas no le preocupó aquel despilfarro de munición.

Tenían más de la que podían consumir en meses de continuos combates. Aunque los disparos no podían ser muy certeros a tanta distancia podían lograr que los turcos se asustasen ante las primeras bajas y se pegasen al terreno, para más tarde volver a sus trincheras dándoles el culo.

Pero Thomas se dijo que aquello no sucedería. Los turcos eran valientes y lo habían demostrado a lo largo de encarnizados meses de combate. Aunque mal equipados y con armas viejas, en el combate eran terribles, y cuando éste se desarrollaba con bayonetas y gumias, en cuerpo a cuerpo espeluznante, podía temerse un irreparable movimiento de pánico en sus hombres.

Tomó un momento los anteojos y vio que docenas de turcos caían derribados por el intenso fuego británico. Pero seguían avanzando, corriendo y salvando los cráteres de los obuses. Descubrió a un alto

oficial otomano. Llevaba un sable en una mano y una pistola en la otra. Era alto y corpulento, casi un gigante. Debía gritar a sus hombres constantemente, animándoles y dando él ejemplo de valentía corriendo más velozmente que nadie y no permitiendo que ninguno de sus hombres le rebasase.

Thomas tomó un rifle y apuntó cuidadosamente. Apretó el gatillo y con rabia vio que el fez del oficial saltaba de su cabeza. Seguramente la bala le había peinado un poco su negrísimo cabello. Vaciló sólo un segundo y luego prosiguió corriendo más velozmente si podía.

Vació el tambor de su revólver y tomó de nuevo el rifle.

Con un rápido movimiento atrajo el cerrojo, expulsó la vaina humeante y colocó otra bala en la recámara. El fuego británico aumentó de intensidad. Los turcos, empero, seguían ganando terreno pese a que iban dejando un trágico rastro de muertos y heridos.

—¡Calen bayonetas! —gritó Thomas. Era la orden que temían los hombres. Sabían que podía evitarse el cuerpo a cuerpo, pero cuando su capitán lo ordenaba era porque éste presentía que aquel día no quedaría sin sufrir la tremenda experiencia de enfrentarse a una reluciente bayoneta enemiga que manejaba un hombre de oscura piel y brillantes ojos.

Vio caer a un soldado junto a él. Acudieron los sanitarios y se lo llevaron. Llegaron otros hombres. Traían una ametralladora que instalaron en unos segundos. Empezó a funcionar, y el aire se llenó de vainas que saltaban de la máquina. Las cintas eran succionadas ávidamente y el cadencioso tabletear pareció rechazar la embestida enemiga.

De pronto, sin que nadie supiera cómo habían logrado llegar tan cerca, a menos de diez metros surgió un pelotón de sucios soldados enemigos. Varios cayeron, pero otros lograron alcanzar la trinchera.

Thomas disparó contra uno cuando veía cerca de su rostro la bayoneta larga y delgada. Le alcanzó en el vientre y el otomano cayó de espalda. Sobre él pasó otro, que se lanzó sobre la trinchera aliada emitiendo un grito incomprensible. Thomas lo ensartó mientras caía. Tuvo que usar el pie para sacarle la bayoneta, que volvió a pasar sobre la trinchera. Sus ojos se fijaron en el color rojo que ahora tenía, en lugar de brillante acero.

Se volvió. El turco aún se movía, chapoteando en el fango del fondo de la trinchera. Tenía las manos sobre la gran herida de la que

manaba abundante sangre que teñía de rojo el barro. Era una herida mortal, pero que le prolongaría la agonía.

Thomas empuñó su revólver y le disparó a la cabeza. El turco quedó inmóvil.

En aquel momento escuchó maldiciones a su derecha. Miró hacia allí. Los sirvientes de la ametralladora luchaban para ponerla de nuevo en funcionamiento. Se había encasquillado en el peor momento. Humeante, la bajaron y uno comenzó a trabajar en ella.

De entre el humo de las explosiones de las granadas apareció un montón de turcos. Y al frente de ellos iba el oficial que poco antes Thomas había intentado abatir, logrando sólo arrebatarle el fez de la cabeza.

A pocos metros de él, a la izquierda, se combatía cuerpo a cuerpo. Fusiles y rifles entrechocaban y los aceros de las bayonetas producían un espeluznante chirrido al vibrar.

El capitán miró angustiado cómo el ala izquierda de su posición corría serio peligro. Ordenó al cabo Fischer que llevase allí algunos hombres, aunque él no podía realmente prescindir de ellos. Pero si los turcos penetraban por aquel lado recorrerían la trinchera en poco tiempo, de un lado a otro. El soldado pelirrojo hincaba las rodillas en el barro. De su hombro derecho salía sangre y su rostro palidecía Intensamente.

Thomas no pudo hacer otra cosa que olvidarse de él y poner su atención en el ataque directo que estaban soportando.

De pronto vio delante suyo al oficial turco. Su uniforme azul estaba lleno de barro y sangre. Su sable aún relucía en su acero. La mano que tenía la pistola se adelantó hacia Thomas y éste vio horrorizado cómo el gatillo se curvaba bajo la presión del dedo de su enemigo.

Pero el percutor cayó sobre un cartucho ya disparado. El turco miró con furia su revólver y lo tiró lejos. Blandió el sable y saltó a la trinchera.

Con la culata del rifle, Thomas le golpeó en la espalda.

Lo alzó para descargar un nuevo golpe y entonces el turco se volvió para mirarle. Tenía el sable debajo de su cuerpo y no podía defenderse con él.

Thomas se quedó con el rifle levantado, dirigiendo la punta de la roja

bayoneta contra el pecho de su enemigo. Vaciló. Pensó que aún no estaba demasiado embriagado con el combate y le faltaba valor o maldad para matar a aquel valiente enemigo que le miraba sin parpadear, como si quisiera ver llegar la muerte con todos sus sentidos.

Seguía dudando, sintiendo que el rifle temblaba entre sus manos. El turco tenía un rostro oscuro. Su pequeño bigote se curvó hacia arriba cuando sus labios empezaron a dibujar una sonrisa burlona, como burlándose de aquel británico que no se atrevía a matarle.

Thomas se obligó a actuar. Sus dedos se agarrotaron alrededor del arma y estaba a punto de lanzarla hacia su enemigo cuando sintió que a su alrededor el aire caliente de la batalla se tornaba gélido.

Fue un frío inesperado, glacial. Luego, todo se volvió oscuro.

CAPÍTULO II

El general Larmión tendió la mano para ayudar a la princesa Asiara. Cuando ésta se colocó a su lado sobre la roca pulida por miles de años de lluvias, dijo señalando hacia el fondo del cráter:

—Ahí está, Alteza.

La mujer, joven y hermosa, miró hacia abajo. La ladera del cráter de roca negra se hundía hasta más allá de los doscientos metros. En el fondo, pese a todo, podían verse las antiguas construcciones.

Asiara siempre consideró la leyenda como producto de la fantasía de trovadores y poetas. Desde que nació escuchó y leyó infinidad de veces hablar de las ruinas de Torvae. Fue un tema que la interesó y ayudó a pasar las largas noches invernales allá en Untionil, la capital del reino.

Ahora, sin embargo, las tenía al alcance e la mano. Se sintió emocionada y volvióse hacia su fiel general y consejero.

—Nunca supuse que existieran, Larmión.

El veterano general sonrió complacido.

—Admito que también yo tenía poca fe en que fuera verdad, Alteza. Aquellos viejos documentos encontrados en los sótanos de palacio afirmaban lo contrario, pero... No sé. Creo que es demasiado fantástico para ser verdad. Confieso que pensé que fueran falsos.

—No lo son, general. Ahí está Torvae, la reliquia de nuestros antepasados. Son las máquinas que hace milenios les trajeron a este planeta, confiando hallar aquí una paz que nunca lograron plenamente.

El general movió la cabeza con pesimismo.

—No se haga excesivas esperanzas, Alteza. Torvae estuvo muchos siglos perdida. Nada asegura que aún funcione.

Ella le miró con despecho, como si las prudentes palabras del militar la molestasen.

—Confiemos que los dioses sean benignos con nosotros y nos permitan huir de aquí, del horror de los yuskaes antes de que sea demasiado tarde.

El general se encogió de hombros. Luego se dirigió hacia el valle y realizó varias señas a los hombres que esperaban a poca distancia de ellos.

—Debemos bajar cuanto antes, Alteza. Aún nos quedan seis horas de luz diurna. Las estrellas son parcas en ofrecernos medios para trabajar de noche.

Subieron varios guerreros y un grupo de expertos montañeros. Una vez en las pulidas rocas negras del borde del cráter, ante la visión de la mística Torvae, varios lanzaron murmullos de temor ancestral.

La princesa paseó entre ellos sonriente, dándoles ánimos. Fue la primera en bajar, pese a las protestas del general.

Con gran pericia, Asiara usó las cuerdas para ir descendiendo por las ásperas laderas internas del cráter. Larmión la siguió nervioso y luego varios soldados y montañeros que tuvieron que emplearse a fondo para poder alcanzar, con otras cuerdas, a su princesa.

Ella fue la primera, empero, que saltó y anduvo por la llanura cubierta de grandes baldosas que rodeaban Torvae.

Ante ellas, alzándose majestuosas hacia el cielo, estaban las torres

cilíndricas. Eran seis unidas por una muralla de bloques de metal. Los trovadores y escritores habían descrito a la misteriosa Torvae como un cúmulo de ruinas, testimonio triste de la pasada gloria de Alombaga y demás pueblos Ohba.

Pero ante Asiara se alzaban orgullosas las edificaciones que tenían milenios.

La explanada que separaba la circular fortaleza de los muros del cráter estaba muy deteriorada. Las losas de piedra negra mostraban ausencias en muchos puntos, asomando la sucia tierra cenicienta que habían intentado cubrir.

—No son ruinas, Larmión —susurró la princesa, extasiada ante aquella visión—. Torvae aún rendirá grandes servicios a los pueblos de Ohba.

—Eso suponiendo que la fuerza que un día hizo funcionar a Torvae esté intacta, Alteza. Pero yo dudo que aún tenga utilidad alguna esta reliquia del pasado.

—¿Por qué?

—Sencillamente, fue abandonada. Tal vez algo no funcionó un día y nuestros antepasados se marcharon de aquí.

Vigorosamente, Asiara negó con la cabeza.

—No puede ser así. Yo creo que cuando nos trajeron a Ohba nuestros antepasados pensaron que este planeta sería siempre acogedor para nosotros. Pasó el tiempo y ellos murieron y la realidad se tornó leyenda. Nadie supo ya la ubicación de Taskae. Entonces este mundo nos mostró la faz tenebrosa y desde entonces hemos estado luchando por conservar algo que cada día nos resulta más difícil de tener en nuestro poder.

—Tal vez tenga razón su Alteza, pero...

—Entremos y saldremos de dudas —dijo ella con determinación.

Sólo dos oficiales les siguieron. Los demás soldados, acompañados por los montañeros, se quedaron lejos de la entrada de Torvae, formando un apretado grupo, apoyados sobre sus lanzas, espadas y arcos. Encontraron la entrada a pocos metros, en una sección de la muralla entre dos cilindros de granito brillante.

La puerta de acero estaba cerrada, pero bastó una ligera presión del

general para que ésta girase sobre bien equilibrados goznes.

Al franquearla se encontraron en una gran estancia circular. Vieron las formas de las seis construcciones circulares que el muro encerraba.

En el centro había una docena de postes de acero que se unían al lecho. De cada torre surgía un tubo que corría por el suelo y al llegar hasta los postes se dividía en dos, y, separándose hasta confundirse con cada soporte del lecho, ascendía por él rodeándolo.

—Todo está demasiado frío, Alteza —susurró el general.

—Hace demasiado tiempo que no ha existido aquí el calor humano, general.

—Ahora que estoy ante esto, legado de nuestros antepasados, me pregunto si no hemos confiado excesivamente en un sueño imposible de realizar, mi princesa —musitó, abatido, Larmión.

Ella se volvió hacia él. —¿A qué viene eso ahora?

—¿Qué sabemos nosotros de cómo funciona esto, Alteza?

Ella se volvió. Miró los gráficos esculpidos en los muros de granito. Eran caracteres antiguos, pero legibles.

—Ahí debe estar la explicación, general —dijo ella con firmeza—. Conozco bastante bien la escritura antigua. Sólo necesitamos tiempo. Acamparemos aquí.

—No es tiempo lo que nos sobra, princesa —suspiró el general.

—Lo sé; los yukaes están penetrando en Mistule y pronto lo harán en Tasquea. Nos rodearán pronto y nos acorralarán en el mar. Pero podemos arriesgar aquí cinco o seis días.

—Creo que si —asintió el general.

—Entonces, manos a la obra. Necesitaremos antorchas, papeles y mesas. Que lo traigan todo. Trabajaremos aquí y dormiremos fuera.

* * *

Durante dos días Asiara trabajó duramente en los caracteres grabados en las piedras y planchas de metal. Con la ayuda de dos escribas llenó cientos de papeles y luego, durante toda una noche, fueron poniendo en orden las traducciones hechas en la lengua actual de Ohba.

Al tercer día, alborozada, la princesa dijo a Larmión: —Creo que lo hemos conseguido.

El general sonrió, pensando que el mérito había sido todo de ella. Los demás habían sido nada más que meros ayudantes. Asiara había puesto de manifiesto su erudición en lenguas antiguas y grafismo de sus antepasados.

—Nuestros antepasados —dijo la princesa— abandonaron Torvae no sólo porque pensaron que nunca más necesitaríamos de estas instalaciones, sino porque la fuerza astral que necesitaron para viajar hasta aquí se consumió trayendo a los fugitivos de nuestro viejo y moribundo mundo.

Larmión se inclinó sobre los papeles, con sumo interés. —Algo debió ocurrir entonces que olvidamos la ciencia, princesa. Creo que nuestros antepasados poseían fabulosas armas, que de haber sido conservadas hoy el peligro de los yukaes no sería considerable. ¿Qué pasó?

—Tal vez ellos las destruyeron. Querían volver a la vida sencilla, libre de las ataduras y peligros de la alta ciencia. Debieron ser muy inteligentes cuando, desde el mundo moribundo del que procedemos, construyeron estas instalaciones y las proyectaron al espacio. Vinieron aquí, provocando con su llegada este cráter y luego desde el otro lugar enviaron a los supervivientes que quedaban en el planeta que se moría.

»Debió ser un traslado increíble, un viaje fulminante por el espacio. La otra instalación quedaría destruida cuando los continentes del viejo mundo se hundieron en los océanos. Al terminar la evacuación la fuerza astral se agotó, pero los generadores siguieron funcionando. Aunque lentamente, durante estos milenios han estado acumulando nueva fuerza, que ahora debe ser suficiente para probar si Torvae puede servirnos para salvamos otra vez.

Entonces Larmión empezó a mover con pesimismo la cabeza.

—No habrá tiempo, Alteza. Tendríamos que hacer muchas pruebas.

—Las haremos.

—¿Está segura que se dispone de energía?

—Sí… creo que sí —dijo ella no muy convencida—. Sinceramente, creo que los generadores no han podido trabajar a pleno rendimiento, pero pronto lo sabremos. Y tienes razón al decir que es prudente hacer una prueba. La haremos mañana mismo.

—¿Cómo?

— Todo esto es terriblemente sencillo. Los postes pueden moverse mediante el uso de los mandos que están bajo ellos. Los orientaremos en dirección a un mundo. Desde él atraeremos una muestra, que analizaremos para conocer si es conveniente para nuestro organismo. Si el resultado es el adecuado, usaremos toda la fuerza y lanzaremos una copia de Torvae a ese mundo, para que nos acoja, a toda la población de Ohba, en sucesivos grupos.

El general se rascó la nuca. Todo aquello le parecía demasiado fantástico, pero estuvo de acuerdo con la princesa.

La prueba se haría al día siguiente.

* * *

Aquella mañana, cinco días después de haber descendido al cráter donde estaba Torvae, muy emocionada la princesa, después de haber dirigido los postes, fue apretando los dispositivos en forma de palanca que había en cada uno de ellos.

Cuando movió la última palanca toda la estancia se vio sacudida por una violenta vibración.

Los soldados retrocedieron asustados y los montañeros, más supersticiosos, salieron corriendo.

Aunque pálido, el general permaneció al lado de la princesa, empuñando con fuerza el pomo de su corta espada de combate.

Los doce postes se volvieron brillantes, como si una fuerza enorme los recorriese.

Los generadores trabajaron a tope y de los acumuladores que eran los seis cilindros rugió la fuerza vital para poner en funcionamiento el

complejo legendario que era Torvae.

Sin ya nada que hacer allí, sino esperar, Asiara retrocedió caminando de espaldas. El general la acompañó, mirando con aprensión las rugientes varas de acero.

—Están dirigidas a un planeta distante. Encontré las coordenadas en los muros. Creo que nuestros antepasados lo habían elegido también al mismo tiempo que Ohba, pero al final se decidieron por éste.

La explicación de la princesa fue acogida por el general con un mudo asentimiento.

Ella siguió diciendo:

—El proceso de atracción durará unos segundos tan sólo. Apenas hubo pronunciado tales palabras, los postes perdieron su brillo y todo quedó silencioso y quieto. El suelo dejó de temblar.

Asiara lanzó un profundo suspiro.

— Ya está —dijo—. Ahora a esperar.

—¿Qué tenemos que esperar?

—Aunque el planeta está situado a vanos años-luz, las muestras tardarán apenas una hora en recorrer tan enorme distancia, Larmión.

—Y... ¿Lo que sea aparecerá aquí? Ella arrugó el ceño, dubitativa.

—No estoy segura. Creo que hay que tener en cuenta que durante el tiempo que tarde el traslado nuestro mundo girará y lo que sea aparecerá en otro lugar.

Aquella noticia llenó de pesimismo a Larmión.

—Entonces, su Alteza debe decirme dónde aparecerán esas muestras y yo enviaré un destacamento para que las recojan y las traigan aquí.

Ella negó con la cabeza.

—No. Será mejor que vaya usted, Larmión. Por el momento no tenemos nada que hacer en Torvae; regresaremos a la capital y allí trasladarán en carros las muestras. Espero que además de tierras, rocas y plantas hayamos conseguido atraer algo de la vida animal de ese mundo, que aún debe ser primitivo, sin vida inteligente.

—¿No sería eso una pérdida de tiempo, princesa? ¿Por qué no espera aquí su Alteza?

Ella pensó en Untionil. Allí había quedado el Duque Longor, jefe supremo de los ejércitos de Alombaga. Aunque era primo segundo suyo, Asiara no tenía la menor confianza en el ambicioso duque que ahora ejercía como regente.

No quiso mostrar al militar sus temores y dijo:

—Será mejor así. En la capital tenemos medios para analizar lo que consigamos. Si los resultados son adecuados podemos prepararlo todo desde allí para la evacuación masiva.

—Ojalá sea todo como su Alteza confía. Empero, señora, dudo que podamos marchar de este mundo hostil. Mistule está a punto de caer en poder de los yukaes. Taskea le seguirá pronto y en pocos días las hordas enemigas estarán pisando suelo patrio.

—En Alombaga existen millares de refugiados de esos pueblos hermanos nuestros, general —dijo ella secamente—. Serán acogidos todos como ciudadanos propios y también serán evacuados.

El general asintió, emocionado ante la vehemencia de la princesa.

—Marcharé inmediatamente. Sólo necesito que me indique su Alteza el lugar exacto donde llegarán las muestras de ese planeta.

Entonces ella torció ligeramente el gesto. Con pesar, dijo: —Será sólo aproximado, Larmión. Y me temo que estará demasiado al norte ese sitio.

El general palideció. Aquello quería decir que los yukaes estarían cerca. Tenía noticias de que al este habían bajado demasiado sobre Alombaga.

—Llevaré a la capital todo cuanto encuentre que considere no pertenece a este mundo, Alteza —afirmó.

—Prepárelo todo. Le enviaré con un mensajero un plano detallado apenas lo termine.

—Esperó al otro lado del cráter.

CAPÍTULO III

Thomas parpadeó. La súbita sombra que le había rodeado desapareció y de nuevo miró al oficial turco.

Lentamente bajó el rifle y dejó de apuntar con la bayoneta el cuerpo de su enemigo.

Sorprendido, miró a su alrededor. El fragor del combate había dejado paso a un silencio total.

Los hombres se movían lentamente, mirándolo todo con temor reflejado en sus ojos desmesuradamente abiertos.

Al otro lado habían dejado de combatir. Los soldados turcos que habían conseguido entrar en las posiciones británicas sostenían sus largos fusiles frente a los escoceses sin el menor ademán hostil.

A su lado, el cabo Fisches dijo, sonando su ronca voz como un trueno en medio del pavoroso silencio.

—¿Qué ha pasado, señor?

—No lo sé —replicó Thomas, inclinándose para empuñar el sable del oficial turco, quien no hizo ningún ademán por impedírselo.

Dos soldados apuntaron al oficial. Más allá, los turcos rendían sus armas y eran agrupados bajo la vigilancia de los combatientes escoceses. El gemido de los heridos también sonó tétricamente en medio del chapoteo de las botas en el fango.

— Vigiladlo —ordenó señalando al oficial.

Thomas se asomó a la trinchera. A pocos metros vio varios cadáveres, hasta unos veinte o treinta metros. Más allá la tierra estaba libre de ellos. Arrugó el ceño, queriendo recordar que desde al menos doscientos metros comenzaron a caer asaltantes turcos.

Se volvió, ordenando que condujesen a los prisioneros a la trinchera posterior, situada paralelamente a la primera. Cuando fueron a llevarse al oficial turco, Thomas dijo que le dejasen allí.

Le miró con curiosidad, impresionado por la postura altanera del prisionero. Le preguntó, con poca esperanza de que le entendiese:

—¿Su nombre y grado? —sonrió—. Aún no conozco bien los distintivos de su ejército.

—Capitán Omar Tartuk —replicó el otomana en perfecto inglés.

Thomas no disimuló su gesto de sorpresa. Desde que comenzó para las tropas aliadas la funesta campaña en Gallípolis la idea general que tenían franceses y británicos fue que iba a ser un simple paseo hasta Estambul, si se atenían a los informes respecto al ejército otomana, el cual se estimaba como anticuado, mal armado y mandado por oficiales, jefes y generales ineptos y en su mayor parte ignorantes.

Pero el oficial apresado no parecía ser el ejemplo típico estimado.

—Estudié en Oxford, señor —dijo Omar.

—¿También estuvo en la academia militar británica?

—Sólo un año, capitán. Apenas terminé el primer curso Turquía entró en la guerra.

Thomas asintió.

—Se le tratará según los acuerdos internacionales, capitán Tartuk. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Desde luego.

—¿Por qué ordenó un asalto que estimo fue suicida?

El turco se encogió de hombros. Lentamente sacó de un bolsillo de su guerrera una pitillera y extrajo un aromático cigarrillo de su país. Al notar la mirada ansiosa de Thomas, sonrió y le ofreció uno, que lo aceptó inmediatamente.

—Anoche recibí la orden de atacar sus líneas esta madrugada, capitán. Me pareció una estupidez, dadas las circunstancias.

—¿Qué circunstancias?

—Vamos, no intente disimular —rió Tartuk—. Sabemos que las fuerzas expedicionarias aliadas evacuarán dentro de unos días. Si de mí hubiese dependido se habría evitado esta matanza, pero no tuve otro remedio que cumplir con mi deber obedeciendo una orden que me parecía estúpida.

—Le comprendo. Puede llamarme Allemby. Thomas Allemby.

Se estrecharon las manos, ante la mirada irónica del cabo Fisches, que se había acercado. Detrás de él estaba el teniente Bill Roscoe.

Thomas miró al recién llegado oficial, curioso por saber cómo le había ido durante el combate.

Roscoe se cuadró y saludó haciendo vibrar su mano derecha al llevársela al casco de acero.

—Sin novedad en el ala izquierda, señor —dijo—. Las posiciones se han mantenido.

El capitán británico sonrió al teniente. Aquella mañana se había llevado más de una sorpresa. Roscoe, pese a su juventud, se había portado magníficamente.

—Le felicito, teniente. Ah, le presento al capitán Omar Tartuk.

Roscoe se volvió y quedose un poco turbado al ver que el oficial enemigo le sonreía al tiempo que le hacía una leve inclinación de cabeza.

Un soldado trajo té caliente y Thomas ofreció al turco un vaso de latón humeante, diciendo:

—Temo que no sea de su agrado, pero últimamente los suministros no han proporcionado té decente.

Sorbiendo un poco del té y evitando hacer un gesto de desagrado ante el sabor, Omar dijo:

—Pero en cambio disponen de abundantes municiones, ¿no?

—¿Qué quiere decir?

Omar soltó una carcajada, mostrando unos dientes blanquísimos.

—Vamos, capitán AlIemby. Nuestra misión era apoderarnos de su polvorín. Más de dos millones de balas y algunos cientos de buenos rifles británicos.

—Lo sabía. ¿Por qué dijo antes que le parecía una locura el ataque?

—Han muerto cientos de soldados en ese alucinante asalto. ¿Valen esas municiones tales muertes?

Thomas movió negativamente la cabeza.

—Me sorprende usted, Tartuk. ¿Le ofenderé si le digo que ha asimilado profundamente pensamientos británicos?

—No, no me ofende. Soy racional y tengo que reconocer que mi patria tendrá que cambiar profundamente para adaptarse a los nuevos tiempos. Tal vez cuando acabe la guerra consigamos hacer una nueva Turquía.

—¿Sin Sultán?

—Y sin serrallo, por supuesto —rió Omar—. El alto mando turco está lleno de cortesanos que han llegado allí mediante intrigas, no por sus valías como militares. Esta guerra la perderemos, pero a cambio implantaremos la república y modernizaremos un pueblo que aún se rige bajo conceptos medievales.

—Sin duda usted deberá volver cuanto antes, apenas acabe la guerra, capitán. Si está convencido de lo que dice, su país le necesita —dijo Thomas con vehemencia.

El teniente Roscoe tosió para llamar la atención de su superior.

—¿Sí, Roscoe?

—Señor, me pregunto si usted no ha pensado también que este silencio es extraño.

Thomas arrugó el ceño y al cruzar su mirada con la del capitán turco, comprendió que éste había cometido el mismo error que él al no percatarse de la insólita situación.

Omar se asomó por encima de la trinchera. Un soldado fue a detenerle, pero Thomas le indicó con un gesto que dejase hacer al prisionero.

—El teniente tiene razón, Allemby —dijo Omar ollando al fondo de la trinchera—. Esto es muy raro. Detrás de mí venían más de trescientos hombres. ¿Dónde están? No han tenido tiempo de retroceder tan repentinamente.

Thomas se encogió de hombros. No quiso ofender a Omar Tartuk opinando que tal vez al ver que su jefe había caído prisionero habían corrido a gran velocidad de vuelta a sus posiciones. Pero inmediatamente se dijo que aquello no pudo haber ocurrido porque no había existido tiempo material para que los soldados turcos se retirasen sin dejar rastro.

—Además —siguió diciendo Omar—, no consigo ver los montes que teníamos a la espalda de nuestras líneas.

—La niebla le impedirá verlos.

—No hay niebla ya —afirmó categóricamente Omar.

Thomas parpadeó y de nuevo atisbó por encima de la trinchera.

Entonces percibió un sordo ruido que parecía proceder de las lejanas líneas otomanas. Se mordió los labios. Un segundo ataque en tan corto espacio de tiempo podía resultar funesto para ellos.

Se puso los anteojos delante y miró. Alcanzó a distinguir una serie de rocas grises. El ruido procedía del otro lado y era como el rugido de una ola gigantesca.

Meneó la cabeza. Era un preludio nunca escuchado, un anuncio inédito de las tropas turcas ante el asalto salvaje a punta de bayoneta.

—¡Señor! —escuchó a espaldas suyas la tonante voz del cabo Fischer.

Se volvió y le interrogó con la mirada. El cabo bajó la mano y dijo:

—El sargento MacClure ha enviado un enlace para que le comunique a usted que el pico del Sultán ha desaparecido.

El capitán abrió los ojos.

—No puede haber sido destruido con un bombardeo porque...

—Porque no ha habido ningún bombardeo, capitán Allemby —concluyó el oficial turco, sonriendo.

—Desde luego. Ayer estaba —musitó Thomas. El pico del Sultán era la roca que tenía forma de cabeza humana con turbante. Estaba situado a unos trescientos metros detrás de sus líneas y les servía como punto de referencia cuando los mensajeros eran enviados al puesto de mando de la división.

Thomas estaba cada vez más nervioso. El rugido seguía aumentando de volumen y el terreno parecía temblar algunas veces ante miles de pisadas.

—¿De cuántos hombres dispone usted, capitán Allemby? —preguntó Omar Tartuk.

La inesperada pregunta y su índole irritó a Thomas.

—¿Está loco? ¿Cree que voy a darle información? —miró al cabo, pensando que debía ordenar que el oficial turco fuera retirado de allí y puesto a buen recaudo.

Se mordió los labios. Para vigilar a los prisioneros tendría que distraer a varios soldados, cuando más los necesitaba a todos en las líneas defensivas.

—No se irrite, capitán —volvió a sonreír el turco—. Alardeo de tener una gran visión y un oído finísimo. Le aseguro que no son mis compatriotas quienes están acercándose.

—¿De veras? —dijo con ironía—. ¿Una carga de los elefantes de Aníbal?

—Pudiera ser, por el ruido que hacen. Le juro que mis hombres no producen esos rugidos infrahumanos. No somos tan salvajes, —rió.

—¿Qué sugiere?

—Bueno, no lo ordene inmediatamente, pero esté dispuesto para permitir que mis hombres y yo, sus prisioneros, deberíamos ser armados en breve y pelear a su lado.

Escuchó que el cabo soltaba una maldición. Un soldado se burló del oficial turco y otros rieron nerviosamente. Empero, Thomas permaneció inmutable.

Le entregó sus anteojos, diciendo:

—Si tiene tan buena vista, con esto podrá ver la catedral de Santa Sofía en Estambul.

—Es una mezquita, capitán —contestó el turco, tomando los anteojos y colocándose los lentamente ante los ojos—. Ese templo fue perdido para la cristiandad.

—Oh, discúlpeme —replicó Thomas con mordacidad.

El ruido lejano era más fuerte y Thomas ordenó a sus hombres que se dispusieran para repeler un nuevo ataque enemigo.

El oficial otomana devolvió los anteojos a Thomas, diciendo:

—Nunca vi unos soldados turcos con aspecto tan feo, señor.

Intrigado, Thomas miró por los anteojos, enfocándolos. Pegó un respingo. A unos trescientos metros, rebasando las rocas grises, una masa informe y extraña, rugiente y blandiendo brillantes armas de acero, avanzaba hacia ellos.

Muy pálido, ordenó al cabo, ante el asombro de éste: —Haga venir a los soldados turcos. El capitán Tartuk les hablará, y cuando él lo diga, que se les devuelvan sus armas o les sean entregadas de las nuestras. ¡Y también granadas de mano y toda la munición que precisen!

Thomas tuvo que gritarle al cabo para que cumplimentara su orden. Luego se volvió hacia Omar, tendiéndole un fusil y el revólver del otomano.

—¿Tengo su palabra de honor que cuando esto acabe usted y sus hombres devolverán las armas y seguirán siendo mis prisioneros?

—Se lo prometo y juro, capitán AlIemby —afirmó Omar muy serio.

CAPÍTULO IV

La patrulla de reconocimiento se presentó ante el general Larmión. El que la mandaba dijo:

—Señor, hemos avistado un numeroso destacamento de yukaes.

—¿Se dirigen hacia nosotros?

—No, señor. Tal vez bajaban hacia el sur, pero se desviaron hace rato y marchan en dirección este.

El general se humedeció los labios. Miró hacia atrás. La columna se hallaba detenida a unos cien metros, esperando su orden de reanudar la marcha.

Llamó al capitán Luttande, un joven oficial en quien tenía mucha confianza, le explicó lo que le había informado la patrulla.

—¿Qué opina de esto, Luttande? —preguntó.

—Sin duda es una avanzada de esos salvajes, general —dijo el capitán

—. Hay varias estos días. Pero me extraña que hayan cambiado la dirección de su marcha.

—Se dirigen al lugar donde la princesa Asiara nos aseguró encontraríamos lo atraído por la máquina de Torvae. ¿Qué pueden haber visto allí esos yukaes que haya despertado su interés?

—Sólo podríamos averiguarlo yendo allí, señor.

—Sí, claro. Pero nuestra misión no es guerrera —barbotó malhumorado—. Su Alteza nos ha encomendado un trabajo... científico.

—¿Son más que nosotros, señor?

El general interrogó con la mirada al jefe de la patrulla. Este respondió:

—Ligeramente inferiores, señor. El general meneó la cabeza.

—Puede haber otro grupo más lejos...

—No, general —afirmó el hombre—. Todo el terreno circundante está libre de enemigos.

Larmión suspiró y dijo al capitán:

—Entonces iremos allí. No podemos volver a Untionil con las manos vacías. Luttande, disponga que los carros se mantengan alejados, a unos mil codos. Veinte guerreros protegerán a los carreros. Lo demás avanzaremos.

El soldado que había mandado la patrulla de reconocimiento, dijo:

—Señor, existe un terreno elevado desde el cual dominaremos la zona adonde nos dirigíamos. Será una magnífica posición para atacar a los yukaes si es preciso.

Satisfecho, el general asintió. —Llévenos allí entonces.

Se gritaron las órdenes y la columna de cien guerreros alombaganos se puso en marcha.

* * *

Thomas ordenó que se pasase la consigna a lo largo de las trincheras de abrir fuego sin descanso y que nadie preguntase nada.

De todas formas, miró con cierto recelo a los soldados turcos. Se sentía molesto viéndoles cerca de él, con los fusiles empuñados y sus oscuros ojos puestos al frente. El capitán Tartuk les había hablado concisamente en turco y él escuchó la arenga sin enterarse de nada. Cuando terminó, Omar le tranquilizó,

—No se inquiete, capitán Allemby. Les he dicho que es posible que nos enfrentemos con un enemigo común, y que cuando esto termine deberán entregar las armas. Si alguno se resiste, yo mismo lo mataré.

Thomas asintió.

—¿Ha pensado qué puede ser lo que tenemos delante?

—Djimms, señor —replicó Omar, soltando una carcajada.

—¿Demonios?

—Por su aspecto yo diría que sí. Si no son diablos otomanos, serán cristianos, pero demonios de todas formas. Pronto veremos qué tal les sientan las balas, ¿no?

Echó un último vistazo por los anteojos antes de tomar su fusil. El revólver lo dejaría para cuando estuvieran más cerca aquéllos.

Se estremeció al ver lo que se les venía encima. Eran seres de piel oscura, casi negra, pero quizá demasiado áspera. Aún no estaba seguro porque estaban lejos. Y la estatura de ellos no era uniforme. Calculó que algunos tendrían menos de metro y medio, y en cambio otros sobrepasaban los dos metros largamente. Los había muy delgados y muchos con una corpulencia enorme. Pero todos mostraban unas armas comunes: largas espadas de ancha hoja o lanzas erizadas de múltiples picas.

Y sus gritos.

Era lo peor y más espeluznante de aquella marea increíble que se les acercaba. Lanzaban aullidos y ronquidos de gran potencia, que en lugar de salir de deformes bocas casi circulares, parecían proceder del profundo infierno.

Thomas no esperó más y ordenó abrir fuego. Recordó el ataque turco soportado poco ames y pensó que aquél había sido como un juego de niños comparado con el actual.

De soslayo vio a Omar apuntar con su fusil. Lo hacía pausadamente, eligiendo su blanco con cuidado. Metía un peine tras otro y actuaba sobre el cerrojo maquinalmente, pero consciente de cada gesto. No dejaba de sonreír y acentuaba su sonrisa cada vez que apretaba el gatillo.

Las primeras filas de aquellos demonios cayeron ante la satisfacción de Thomas. Por un momento se había dejado llevar por la fantasía y temía que las armas de los mortales fueran ineficaces contra ellos.

Pero eran de carne y posiblemente también de huesos. Los que caían eran pisoteados por los que llegaban desde atrás, a quienes ni siquiera parecía importarles que algunas veces sus largas espadas hirieran a los que ya estaban caídos alcanzados por las balas.

—¡Sigan disparando! —gritó Thomas introduciendo otro peine.

Observó al grupo de soldados turcos. Aquellos hombres disparaban imperturbables, corno si para ellos no significase nada el extraño aspecto de la horda que debían detener.

Con cierta rabia, Thomas notó que sus propios hombres tenían que hacer grandes esfuerzos para no retroceder. Si alguno lo hacía podía iniciarse la desbandada y entonces nada podría salvarles.

Las ametralladoras lanzaron su candente sonido y grandes masas de demonios fueron segadas.

Cuando las filas de éstos eran menos densas, ya estaban apenas a cincuenta metros. Entonces se lanzaron las granadas de mano. Saltaron por los aires, algunos demonios despedazados, salpicándolo todo de una sangre parduzca.

Si los disparos no habían conseguido amedrentar a la masa atacante, los estallidos de las granadas lograron que los demonios dieran media vuelta y escaparan corriendo.

Thomas tomó sus anteojos. Jadeante, aún asustado y sin comprender nada, los siguió. Eran unos pocos, pero aún bastantes. Tal vez veinte o más.

Pero antes que los demonios alcanzaran las rocas grises y las salvaran

saltando por ellas, el aire se llenó de un estremecedor ulular. El sol se ensombreció y una lluvia de flechas se abatió sobre los fugitivos.

Más demonios cayeron ensartados y apenas una docena consiguió alejarse, hasta perderse de vista.

Thomas se volvió para mirar al oficial, quien se había quitado su fez y se limpiaba el sudor de la frente.

—¿Qué ha sido eso ahora? —preguntó, olvidándose que era el momento en que los prisioneros debían devolver las armas.

—Yo diría que una cortina de flechas ha salido del otro lado de esas rocas grises. Más allá el terreno se eleva.

—¿Flechas? —repitió Thomas. Indudablemente él lo había comprendido así, pero no podía admitirlo—. ¿Cómo es posible eso?

—Oh, no sabría explicarlo. Me limito a decir lo que he visto. Creo que podríamos empezar preguntándonos qué son esos seres que nos han atacado partiendo desde el sitio donde deberían estar mis propias líneas. Y digo deberían estar porque es obvio que ya no están.

—Voy a volverme loco —mascculló Thomas.

—Olvídese de eso, capitán Allemby —sonrió Omar—. Me temo que los acontecimientos venideros no nos van a dejar ocasión de pensar.

De pronto el capitán turco pegó un salto y se encaramó encima de la trinchera. Instintivamente, Thomas echó mana a su revólver, pero se contuvo al ver que Omar quedose quieto allí, sin demostrar intención de escaparse pese a que conservaba las armas.

—Venga aquí, señor Allemby —dijo Tartuk.

Thomas subió, pero lo hizo con evidente menos agilidad.

Muy colorado, se puso al lado del turco, quien le señaló hacia el horizonte.

—Están allí, sobre esas colinas.

—¿Quiénes? —preguntó Thomas haciendo visera con su mano.

—Los que arrojaron las flechas contra los demonios que huían.

Aguzó la vista y apenas vio unas pequeñas figuras en el lugar que le

indicaba Omar. Parecían ir sobre extraños animales que tenían una lejana semejanza con los caballos.

Thomas se volvió y llamó al teniente Roscoe. Le habló casi al oído. El joven oficial dispuso que el cabo Fischer saltase de la trinchera al frente de media docena de fusileros, que se plantaron detrás del capitán Allemby.

Hizo un gesto a Omar para que le acompañase y ambos anduvieron por el campo de batalla. Llegaron hasta donde estaban los primeros cadáveres de los demonios.

—Por San Andrés —susurró Thomas—. ¿Qué son estos seres?

El que tenían más cerca de ellos era uno de los que poseían escasa estatura. Su rostro vuelto al cielo era una grotesca máscara de carnaval. —Su enorme nariz achatada, ojos saltones y cráneo liso daban la sensación de estar ante un ente endemoniado o procedente del mismísimo infierno.

Omar tomó una espada y pretendió manejarla.

—Es muy pesada. Sólo un hombre muy fuerte podría usarla. Y sin embargo, las blandían como si fueran de hojalata.

La arrojó lejos. Más allá había demonios de elevada estatura. Uno estaba doblado sobre su vientre enorme, que una ráfaga de ametralladora había abierto a lo largo de la cintura. Se había formado un sucio y nauseabundo charco de entrañas y sangre parduzca.

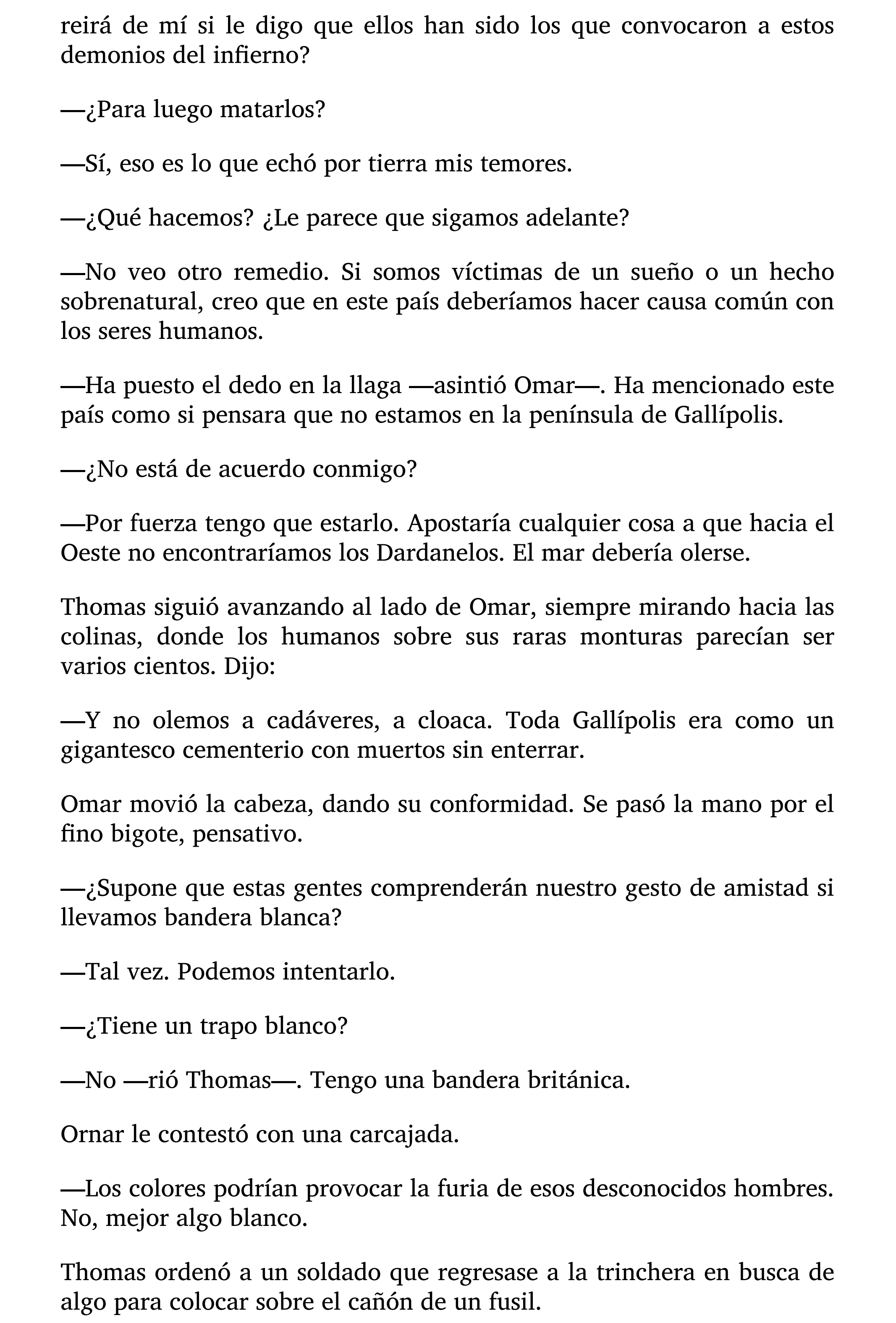
De pronto sonó un disparo. Se volvieron. Un soldado había disparado contra un demonio que se había movido. El capitán no dijo nada, aunque dirigió una mirada inquieta al soldado, un muchacho barbilampiño que mostraba una palidez mortal.

—Lo siento, señor —tartamudeó el soldado—. Pero ... Es que estaba vivo...

—Has hecho bien —replicó Thomas.

—Ahora debemos tener cuidado, señor Allemby —aconsejó Omar—. Los que están en las colinas parecen ser humanos, aunque sus monturas no sean caballos normales. Pero es indudable que los demonios no son sus amigos.

—Es usted un hombre culto, capitán Tartuk —sonrió Thomas—. ¿Se



reirá de mí si le digo que ellos han sido los que convocaron a estos demonios del infierno?

—¿Para luego matarlos?

—Sí, eso es lo que echó por tierra mis temores.

—¿Qué hacemos? ¿Le parece que sigamos adelante?

—No veo otro remedio. Si somos víctimas de un sueño o un hecho sobrenatural, creo que en este país deberíamos hacer causa común con los seres humanos.

—Ha puesto el dedo en la llaga —asintió Omar—. Ha mencionado este país como si pensara que no estamos en la península de Gallípolis.

—¿No está de acuerdo conmigo?

—Por fuerza tengo que estarlo. Apostaría cualquier cosa a que hacia el Oeste no encontraríamos los Dardanelos. El mar debería olerse.

Thomas siguió avanzando al lado de Omar, siempre mirando hacia las colinas, donde los humanos sobre sus raras monturas parecían ser varios cientos. Dijo:

—Y no olemos a cadáveres, a cloaca. Toda Gallípolis era como un gigantesco cementerio con muertos sin enterrar.

Omar movió la cabeza, dando su conformidad. Se pasó la mano por el fino bigote, pensativo.

—¿Supone que estas gentes comprenderán nuestro gesto de amistad si llevamos bandera blanca?

—Tal vez. Podemos intentarlo.

—¿Tiene un trapo blanco?

—No —rió Thomas—. Tengo una bandera británica.

Ornar le contestó con una carcajada.

—Los colores podrían provocar la furia de esos desconocidos hombres. No, mejor algo blanco.

Thomas ordenó a un soldado que regresase a la trinchera en busca de algo para colocar sobre el cañón de un fusil.

—¿A quién nos rendimos, señor? —preguntó el cabo Fischer.

—Sólo pretendo parlamentar con esos hombres —replicó Thomas, señalando hacia las colinas.

Mientras regresaba el soldado con la tela blanca, que no estaba muy limpia, vieron cómo los jinetes de las colinas empezaban a bajarlas lentamente. Descubrieron que los primeros portaban unos pendones, mezcla de gallardetes y emblemas de metal, que relucían al sol.

Thomas asió el fusil al que se le había atado la tela y lo levantó, agitándolo varias veces en el aire.

—Parecen haber salido de la Edad Media —dijo Omar, como ufanándose de su aguda vista—. Llevan armaduras, espadas, lanzas, mazos y arcos. También arcos largos y carcajs con emplumadas flechas. Y otras cosas que no puedo descubrir para qué sirven.

—¿Distingue al que pueda ser su jefe?

—Sí, es un tipo con un penacho rojo y blanco, más grande que los demás. Tal vez sea su líder. Viene al frente y a su lado están los portaestandartes.

El cabo Fischer dispuso a los soldados en amplio semicírculo, luego les recomendó que no mantuviesen los fusiles en actitud hostil.

Thomas se encogió de hombros y dijo a Omar: —Bien, vamos a ver qué sale de todo esto.

Avanzaron unos pasos, dejando atrás a los soldados. Thomas seguía moviendo el fusil con la tela blanca. Se tranquilizo cuando vio que los estandartes contrarios se movían también, como replicando a sus gestos.

Para probar, hizo unos giros y los otros le imitaron. Thomas sonrió.

—Creo que nos vamos a entender —dijo.

Del pequeño ejército se destacó el hombre del gran penacho, que espoleó su montura y cabalgó hacia ellos. Tiró de las riendas a una decena de metros de donde ellos estaban y el animal alzó sus gruesas patas y emitió un graznido, cuando Thomas hubiese esperado un relincho.

Descabalgó el hombre cubierto de armaduras. De la silla sacó una

pequeña bandera y caminó hacia ellos.

Se detuvo a poca distancia de los dos oficiales y habló en una lengua incomprensible para los dos capitanes, que se miraron inútilmente. Pero Omar sonrió.

—Si tenemos algún tiempo creo que podré aprender su lenguaje, señor Allemby. Tengo mucha facilidad para los idiomas.

—¿De veras? —inquirió AlIemby, un poco humillado porque él sólo hablaba su lengua natal.

—Sí. Domino francés, alemán y griego. También algo de italiano y lamento reconocer que el ruso y el español no son mis fuertes. Pero por la forma que se expresa este tipo con traje de ópera teutona, deduzco que es simple y de raíces sencillas.

—¿Cuándo comenzarán las lecciones? —preguntó Thomas con ironía.

—Inmediatamente. Cuando sepa hablarlo, se lo enseñaré a usted.

Thomas se encogió de hombros y se adelantó hacia el extraño personaje, extendiendo su mano derecha después de pasarse el rifle a la otra.

El general Larmión sonrió con amplitud y estrechó la mano de Thomas, agarrándola por la muñeca. Luego dirigió una mirada de respeto y admiración al fusil.

—Creo que no son tontos. Han deducido que nosotros usamos, lo que para ellos es una ridícula lanza, los fusiles como un medio de matar a los demonios —suspiró—. Esos seres deformes deben ser también sus enemigos. Capitán...

—¿Sí, señor Tartuk?

—¿Puedo invitar a ese nibelungo a un té?

CAPÍTULO V

Pese a su flema británica, Thomas tuvo que sentir asombro ante la

facilidad de Omar Tartuk para aprender el idioma de aquellos hombres que parecían haber surgido de la mente de Ricardo Wagner.

Apenas habían pasado unas horas cuando Omar ya se entendía con los llamados alombaganos. Dijo a Allemby:

—Nos considera sus huéspedes. Quiere que les acompañemos a la capital de este país o reino, no estoy muy seguro.

—¿Dónde estamos? —preguntó Thomas ansiosamente, olvidando la tradicional y flemática postura de su país.

—Aún no puedo preguntarlo, por favor. Apenas he aprendido unas palabras. Ah, ese tipo tan ataviado se llama general Larmión. No sé si es su grado, pero creo que es su equivalente para nosotros.

—¿Podemos confiar en ellos?

—Totalmente. Están muy alborozados porque vieron que con asombrosa facilidad hemos matado a un montón de sus mortales enemigos los... sí, se llaman yukaes esos demonios.

—¿De dónde vienen?

—No lo sé aún —Ornar suspiró—. Tenga paciencia, capitán. Déme tiempo. Si tardamos mucho tiempo en ir a la ciudad donde nos quieren llevar, le prometo que averiguaré más cosas.

—¿Qué haremos con los hombres?

—Por supuesto vendrán con nosotros.

Thomas arrugó el ceño. Aunque era consciente de que la situación resultaba anormal, también consideraba que Omar era su prisionero, aunque el otomana se comportaba de una forma que parecía haber olvidado su condición.

—Están las municiones. Es mucha.

—Se arreglará. A poca distancia esas hombres tienen varios carros. Podemos cargarla. Sería una imprudencia dejarla aquí, ¿no? También nos llevaremos todo nuestro equipo.

Allemby cerró los ojos. Aquel turco suponía que las municiones, armas y demás enseres de los británicos era como algo suyo también y de sus soldados propios.

—Está bien. Intente decirle a… al general Larmión que aceptamos ir con él; pero que deberá cedernos sus carro. Naturalmente, nuestros hombres los conducirán y estarán estrechamente vigilados.

—Naturalmente —sonrió Omar antes de dirigirse hacia donde estaba el general Larmión y varios de sus oficiales.

Desde hacía un rato, Larmión y otros alombaganos examinaban los cadáveres de los demonios, sorprendidos y alborozados ante las terribles y poco usuales heridas para ellos conque habían sido muertos.

Las siguientes horas fueron de intenso trabajo. Bajaron los carros hasta el borde de las trincheras británicas. Cuando Thomas habló a sus hombres para que se comportaran de manera natural en presencia de los guerreros alombaganos, se empezó el trasvase de las cajas de municiones y armas a los carros.

Estaban rodeados de guerreros, que una vez vencidos sus recelos, se habían dedicado a recoger las armas de los demonios.

Cuando el teniente Roscoe preguntó a Thomas si los turcos debían ser desarmados, Omar sostuvo la mirada del capitán británico, quien después de pensarlo rápidamente, dijo: —No. Que las conserven —luego, dirigiéndose a Omar, añadió—: Confío que usted pueda controlarlos. Y, por supuesto, usted me obedecerá a mí.

—¿Mientras dure la situación?

—Exactamente. Y luego se constituirá en mi prisionero.

— Ya le di mi palabra.

Satisfecho, Thomas pidió a Omar que le acompañase.

—Quiero mostrarle algo —dijo señalando el terreno—. Mire aquí. Hasta esta línea irregular la tierra es la de Gallípolis, removida y de tono parduzco. Al otro lado el color es grisáceo y llena de terrones y rocas.

—Es muy interesante —admitió Omar.

—Si, pero no nos soluciona nada. ¿No recuerda, capitán Tanuk, que cuando le amagaba con la bayoneta algo frío, y oscuro nos rodeó?

—Desde luego —Omar se echó a reír—. Pero debido a mi precaria

situación y viendo ante mis ojos su bayoneta, señor Allemby, achaqué mi frío al miedo que tenía.

—Oh, déjese de bromas.

—En serio, tiene usted razón. Recuerdo que el estómago se me revolvió. Y también noté que todo se oscurecía a nuestro alrededor. Pero apenas duró un segundo.

—O al menos eso nos pareció a nosotros. ¿Ha oído hablar de Wells?

—Si. Leí alguna, novelas, suyas cuando estuve en Londres. ¿Por qué?

—Esto parece una fantasía de este escritor.

—¿Sugiere que hemos retrocedido en el tiempo?

—No. Al menos no hasta el límite en el pasado que nosotros alcanzamos. Estos hombres, pese a su aspecto medieval, no son contemporáneos de Ricardo o el rey Arturo. O está aún más lejos en el pasado… o en otro lugar.

—Pronto lo averiguaremos —asintió Omar con convicción.

Se acercó el general Larmión, y después de saludarles con una inclinación de cabeza, dirigió unas palabras a Omar.

—Dice que cuando queramos podemos ponernos en marcha, si los carros están dispuestos. Y dice que… —Omar se detuvo, no muy seguro de lo que creía entender—. Debe haber un error. Dice que apenas quedan ocho horas de luz solar y debemos alejarnos cuanto antes de estos lugares.

Thomas abrió la boca, asombrado.

—No puede ser —dijo—. Llevamos más de once horas de luz. Debería estar atardeciendo. ¿Un día de casi veinte horas con luz solar?

* * *

Los soldados británicos y la docena y pico de turcos emprendieron el camino. cubriendo los flancos, vanguardia y retaguardia de las quince carretas atestadas de municiones y equipos. Delante y atrás de ellos

marchaban los guerreros alombaganos, que reían y cantaban eufóricos.

Aunque los soldados habían intentado conducir el tiro compuesto de seis animales de aquellos, extraños y feos, al final tuvieron que ser los carreteros nativos los que, sonriendo con suficiencia, se encargaran de tal labor. Aquellos animales no eran fáciles de guiar. Se necesitaba una gran fortaleza y experiencia para evitar que se desbocaran. También era preciso saber usar el largo látigo que los expertos conductores hacían restallar en el aire a pocos centímetros de las puntiagudas orejas escamadas.

La noche cayó lentamente y acamparon en un altozano.

Docenas de guerreros alombaganos montaron guardias y se encendieron cientos de fogatas.

Cuando Thomas comentó que aquello atraería al enemigo, indicándole su posición, Omar le explicó el motivo porque él antes se había interesado por ello ante el general Larmión. —Aunque parezca paradójico, a esos demonios que llaman yukaes les producen un gran pánico las llamas.

Omar se acostó tarde. Estuvo largo rato dedicado a su aprendizaje de la lengua nativa.

A la mañana siguiente, unas seis horas después, un oficial alombagano se presentó a ellos para anunciarles que Larmión había partido hacia la capital para prevenir a la princesa Asiara de la visita de los soldados.

—Nos llaman soldados del espacio —rió Omar, divertido por el título que le habían dado.

Thomas le miró ceñudo, mientras se afeitaba. Dijo:

—Me pregunto si tú has notado lo mismo que yo, Omar.

—¿A qué te refieres?

—Siento una extraña ligereza. Ayer no la experimenté porque estaba demasiado cansado. Pero ahora... es como si pesara algo menos.

—Tienes razón. A mí me pasa lo mismo. Me parece que ha llegado el momento de echar cuentas a esta situación y hallar una explicación lógica, ¿no?

Thomas se limpió con un trapo los restos del jabón de la cara. Estaba pensativo. Mientras se ponía la guerrera, dijo: —Me temo que aún no encontraríamos una explicación lógica a este misterio. Tendremos que esperar a llegar a esa ciudad...

—A Untionil. Así se llama —Omar echó un vistazo al campamento que empezaban a levantar—. ¿Te parece bien que empecemos ahora con tu primera lección de lengua aborigen?

—Si no hay otro remedio. —dijo Thomas con resignación.

* * *

Cuando Asiara llegó a la capital la encontró llena de fugitivos. Había muchos mistulenos y bastantes taskeanos. Directamente se dirigió a su palacio y allí le dieron la noticia de que el duque Longor estaba ausente. Había partido hacia el norte con su guardia personal con la intención de recorrer los fortines fronterizos, ya que corrían rumores de que partidas de yuskaes se habían infiltrado por la frontera después de cruzar impunemente la desmoralizada Mistule.

Cuando al día siguiente se presentó el general Larmión lo recibió con el ceño fruncido.

—¿Dónde están los demás guerreros y las carretas cargadas, general? —le preguntó cuando todavía el militar no se había repuesto del viaje.

—Llegarán pronto, Alteza. Yo he querido adelantarme para anticiparle las extraordinarias nuevas.

Y contó con rapidez lo que había sucedido, hasta el momento en que ellos intervinieron para cortar la retirada de los vencidos yukaes.

Sentados junto al gran balcón del palacio desde el cual se dominaba la extensa urbe, con jarras de vino en la mesa, Larmión, lleno de emoción, siguió diciendo:

—Esos hombres estaban en el lugar exacto donde su Alteza me dijo estarían las muestras del mundo elegido. Un montón de yukaes les atacaban, pero ellos, desde sus posiciones, los mataban a medida que se les aproximaban. Usan unas extrañas armas que disparan proyectiles con tanta fuerza que penetran en la carne. Pero lo más

asombroso son sus bolas de acero, que arrojan con las manos y provocan una gran llamarada. Ante ellas, los yukaes escaparon y nosotros, desde nuestro sitio, casi los exterminamos con una nube de flechas.

—¿Por qué interviniste, Larmión?

—Pensé que sería conveniente demostrar a esos hombres que nosotros éramos sus amigos y al mismo tiempo enemigos de los yukaes.

—¿Y lo conseguiste?

—Sí. Sus jefes parlamentaron conmigo. Uno de ellos, de tez oscura, aprendió pronto algunas palabras y al anochecer nos entendíamos bastante bien. Se dirigen hacia aquí y creo que llegarán al atardecer.

Asiara quedóse pensativa. Bebió un poco de vino.

—¿Estás seguro de que son humanos, seres como nosotros?

—Si, Alteza.

—Entonces eso significa que el planeta que elegimos para emigrar a él está habitado. En lugar de muestras para saber si resultaba idóneo para la evacuación, hemos traído a esos hombres. Sin embargo... ¿Por qué están todos armados?

—No lo sé.

—Es extraño e inquietante al mismo tiempo —suspiró la mujer—. Desde muy pequeña me interesé siempre por conocer la historia de nuestra raza, Larmión. Creo que hace mucho tiempo nuestros antepasados tenían también esas armas fabulosas que poseen esos hombres. Pero las quisieron olvidar porque eran funestas. Ahora nos hubieran servido para contener a los salvajes yukaes... Empero, los dioses parecen habernos enviado a esos hombres que encontraste. ¿Supones que querrán ayudamos?

—No lo sé. Es su Alteza quien debe proponerles lo que está pensando.

—¿Cuándo llegarán? Ah, sí. Has dicho que dentro de unas horas. Ojalá estén aquí antes de que regrese Longor.

—¿Es que no se quedó en la ciudad como era su deber como regente provisional mientras su Alteza estaba ausente? —preguntó Larmión con evidente disgusto.

—No. El chambelán me anunció que había considerado prudente visitar las guarniciones del norte.

Larmión asintió sin atreverse a expresar ningún comentario; pero por su expresión, Asiara la interpretó como que su fiel ayudante tampoco confiaba mucho en la fidelidad del duque.

—El rey de Mistule nos ha pedido repetidas veces ayuda.

Teme que sus ejércitos no puedan contener por mucho tiempo las hordas yukaes.

—Es cierto. Longor siempre se ha opuesto a tal ayuda, alegando que precisamos de todos los hombres disponibles para defender nuestras tierras.

—Pero luchando en la vecina Mistule sería una ventaja para nosotros. Nuestro ejército, aliado con el del rey Ardancan de Mistule, podría ofrecer una respetable potencia ante los enemigos comunes.

—Estoy de acuerdo con su Alteza. Tal vez ahora, si se consigue la ayuda de esos hombres, podamos convencer al duque de la conveniencia de ir a Mistule a detenerlos en lugar de esperar que vengan a nuestro reino.

La princesa asintió.

—Sí. Desearía que Longor regresase después que yo hablase con... ¿Cómo se llaman esos hombres?

El general se encogió de hombros.

—No estoy seguro. Quien habla un poco nuestra lengua se llama algo así como Omar. El otro, el rubio, aún no me ha dicho su nombre. Dicen ser británicos y turcos —rió ruidosamente—. Es como si fueran dos pueblos o tribus. Pero no hay duda de que son grandes camaradas todos, pues combatieron juntos, codo a codo, contra los yukaes.

—Y también buenos guerreros, ¿no?

—¡Por supuesto! Creo que mataron a más de doscientos yukaes —el general arrugó el ceño de pronto—. Alteza, no tengo mucha confianza en que quieran ayudamos.

—¿Por qué?

—Tendremos que explicarles cómo están aquí. Tal vez se enfaden.

Ella soltó una cantarina risa.

—Si no quieren ayudarnos por las buenas tendrán que hacerla por las malas. Sólo tengo que saber antes si están deseosos de regresar a su mundo. En caso afirmativo tendrán que prestamos sus servicios si quieren regresar allí por medio del Torvae.

—Me temo que son orgullosos y la coacción podría resultar contraproducente.

—Entonces podemos ganarles también con riquezas. Supongo que tendremos algo que será apreciado en su mundo a guisa de dinero, ¿no?

—Ojalá, Alteza.

—Puede retirarse, general. Ah, dígale al chambelán que quiero verle. De alguna forma tenemos que ayudar a los fugitivos que están entrando en la ciudad. Ordenaré que se abran los graneros y se reparta comida.

—No disponemos de muchos víveres.

—Lo sé. Pero no podemos dejar a esas gentes con hambre. Y entre los fugitivos podemos reclutar soldados. No disponemos de muchos.

CAPÍTULO VI

—¡Siempre consideré una locura tu idea de ir hasta ese cráter y poner en funcionamiento el Torvae! —gritó el duque Longor.

Asiara entornó los ojos y dejó transcurrir unos segundos, que usó para meditar una mesurada respuesta. Desgraciadamente, según sus pensamientos, el duque había regresado poco antes que la caravana procedente del este, con los extraños guerreros atraídos a Ohba por el Torvae.

—Vaya, al menos ahora no te ríes de mis teorías —dijo ella con cierta burla—. Siempre dije que el Torvae existía, que no era un producto de trovadores. Ahora admites su existencia, pero tampoco pareces feliz.

El duque Longor lanzó un gruñido y dejó de pasear por la estancia. Era un hombre corpulento, de rostro duro en el que lucía algunas viejas cicatrices. Vestía todavía parte de su armadura, sucia por el polvo del camino.

—Cuando regresaba a la capital me informaron de la presencia de esos hombres que, según tú, proceden de otro mundo. He reventado dos cabalgaduras para llegar cuanto antes.

—¿Con qué fin; querido primo?

—Para protegerte. Pueden ser peligrosos. Apenas entré en el palacio oí murmullos. Muchos están asustados. Han escuchado comentarios de las portentosas armas que traen esos soldados.

Asiara se levantó del pequeño sillón colocado junto al alto trono dorado de Alombaga. Hasta que ella no fuese coronada reina no podía ocuparlo, pero de facto ya lo era. Se hubiera ceñido la corona de no haber sucedido los graves acontecimientos que ensombrecían la paz en los reinos humanos de Ohba. Por tal motivo ella misma decidió posponer la ceremonia de la coronación, relegándola hasta que el peligro hubiera sido conjurado, venciendo a los yukaes, o, como última instancia, finalizada la evacuación del planeta.

Había recurrido a la solución menos agradable, la de escapar de allí, cuando decidió que había que explorar el misterioso cráter que antiguas escrituras le habían asegurado allí estaba el legendario Torvae.

Por supuesto era lo último que querría hacer, pero si no existía otro medio de librar a su agotado pueblo de los fieros seres del norte, estaba dispuesta a ordenar el repliegue de todos los humanos y transferirlos a un planeta adecuado, como hicieron sus antepasados llegando allí al dejar el mundo donde nacieron porque estaba condenado a la extinción.

Miró a Longor. Su primo había insistido en que se debía intentar pactar con los yukaes, lo cual le parecía una solemne tontería porque nunca se pudo dialogar con ellos. Ni siquiera cuando nunca se atrevían a dejar sus valles del norte.

Un guardia entró en la sala y anunció que los extranjeros esperaban ser recibidos.

Longor la miró furioso.

— ¿Estás decidida a solicitar la colaboración de esos hombres?

—Claro que sí —dirigiéndose al guardia, añadió—: Que pasen.

Se volvió buscando el apoyo del general Larmión, pero éste, ante la presencia del duque, se limitó a permanecer callado. Longor era el comandante supremo de los ejércitos de Alombaga y era temido por todos a causa de su irritabilidad. No simpatizaba con Larmión ni éste con él.

Asiara se acomodó en su silla y esperó con curiosidad la llegada de los jefes de la partida de guerreros extranjeros.

Vio a dos hombres que vestían extraños uniformes. No usaban armaduras. Notó que habían sido limpiados recientemente, pero las telas eran burdas y aparentaban cierta vejez. En cambio los correajes lucían brillantes, así como las botonaduras y botas altas.

Uno era rubio y su uniforme era marrón. Caminó resueltamente hacia ella, seguido de otro hombre de agradable aspecto, con ropas azules y tocándose la cabeza con un ridículo gorro rojo, que se quitó apenas la vio.

Entonces se adelantó Larmión y dijo a la princesa:

—Alteza, tengo el honor de presentarle al capitán Thomas Allemby y al capitán Omar Tartuk —titubeó y trató de forzar una sonrisa—. No sé si poseen más títulos.

Thomas carraspeó y pensó que había llegado el momento de comprobar si las rápidas lecciones lingüísticas de Omar habían servido para algo. Hizo una inclinación de cabeza y luego dijo:

—Señora, el capitán Allemby, segunda compañía del 3er Regimiento de la 29 División de su Majestad Británica, Jorge V. Mi acompañante es el capitán Tartuk, del ejército turco y...

—Creo que es suficiente —susurró Omar—. Me sentiría desgraciado si mentase a mi repulsivo sultán.

Asiara les sonrió. Estaba pensando que aún hablaban su idioma muy burdamente, pero había entendido al hombre rubio de ojos claros. Lo encontró atractivo, tal vez porque su aspecto era poco frecuente entre los hombres de Alombaga e incluso de toda Ohba. Posó su mirada en el otro. La piel oscura de Omar era más normal y conocida.

—Deduzco que pertenecen a distintos reyes, aunque son aliados, ¿no es así? —preguntó hablando lentamente para que la comprendiesen.

Omar soltó una corta risa y Allemby apenas pudo ocultar su hilaridad. Dijo éste:

—Desde luego, Alteza. Además de aliados somos íntimos camaradas.

—Lo celebro —giró la cabeza y señaló al duque—. Este es mi primo, el duque Longor y jefe de mis ejércitos. Al general Larmión ya le conocen ustedes.

Omar y Thomas asintieron con sendos movimientos de cabeza y ambos se preguntaron por qué Larmión estaba tan serio.

Asiara se incorporó y caminó hacia los terrestres. Notó sobre ella la mirada fija del capitán rubio y se sintió turbada un momento. Había creído descubrir en los ojos azules una gran admiración hacia ella. En cambio la expresión del hombre de uniforme azul era irónica.

—Les ruego que me acompañen a mi gabinete privado.

Allí hablaremos largamente.

—Lo estoy dcseando, Alteza —dijo Thomas—. Tanto mi amigo como yo estamos intrigados y confiamos que ahora se nos desvelen muchas interrogantes.

—Con mucho gusto les explicaré todo cuanto deseen y esté en mis

manos —sonrió ampliamente—. Comprendo que estén intrigados. Yo no lo estaría menos en su caso.

Ella salió de la sala y los dos capitanes la siguieron. Detrás caminó Longor, serio y distante. Larmión iba el último y caminaba intranquilo, lleno de contradictorios pensamientos.

* * *

Thomas entró en la habitación que a Omar y a él les habían destinado en un ala del palacio. Regresaba de inspeccionar a la tropa y estaba contento con el alojamiento que disfrutaban.

Se desabrochó la chaqueta y sentose en el borde de su cama.

—¿Qué has decidido? —le preguntó Omar. El capitán Allemby se encogió de hombros. —Supongo que tú también debes opinar.

—Oh, no. Yo soy tu prisionero. No lo olvides.

—Deja de decir tonterías. Quiero tu consejo.

—Si insistes… Mira, Thomas, hay que mirar las cosas como son. Esos tipos, pese a que usan espadas y lanzas disponen de un artilugio con el cual nos han hecho venir a su planeta, que no sabemos dónde está y no creo que conocer su situación en el Universo nos ayude algo. Han usado un extraño y gigantesco aparato que construyeron sus antepasados para escapar de un mundo que se moría. Por algún motivo se olvidaron de los progresos económicos y viven en algo similar a nuestra Edad Media. En lugar de sufrir la amenaza de un Gengis Khan, son los demonios que llaman yukaes los que están a punto de exterminarlos.

—Prosigue. Eso ya lo sé yo.

—Bien. Ellos enfocaron a la Tierra con su artefacto, el Torvae, con la intención de atraer algo de su superficie para saber si será un planeta adecuado llegado el caso que, ante la presión de los yukaes, tengan que escapar. Al parecer tuvieron la desgracia de localizar un área en Gallípolis y nos han traído aquí. Pero no son tontos y una vez que vieron en acción nuestras armas han pensado que nosotros podemos ayudarles.

— Y eso no me gusta, Omar.

—¿Por qué?

—Somos soldados, no mercenarios.

—Pero recuerda que si nos negamos no nos devolverán a la Tierra.

—Lo sé.

—Y si accedemos a matar unos pocos de esos demonios, además de ponernos en el Torvae y lanzarnos a la Tierra, nos entregarán riquezas. Tienen oro y platino, a los que dan poco valor. No sería mal negocio, ¿no?

Enfadado. Thomas se levantó. Echó de menos un cigarrillo. En Ohba no conocían el tabaco y a Omar se le habían terminado los suyos. Nervioso dijo:

—Aún no lo he decidido.

—Pues has de darte prisa, porque esa bella mujer espera mañana a primera hora nuestra respuesta. Pienso que por el momento son muy amables con nosotros, pero dudo que sigan así si les negamos ayuda.

Thomas meneó la cabeza.

— Ya he hablado con los hombres —dijo—. Les he expuesto claramente la situación.

—¿Qué dicen?

—Mis soldados parecen haber aceptado esta increíble realidad con tranquilidad. Dicen que lo mismo les da luchar aquí que en Turquía. Algunos insinuaron que algo de oro no les vendría mal, porque después de una guerra las cosas en la vida civil no son fáciles.

—Son inteligentes tus hombres —rió Omar—. Mi docena larga de soldados están entusiasmados con la posibilidad de volver a sus aldeas más ricos que cuando salieron para luchar por el sultán.

—¿Y tú? Dime qué piensas.

—Oh, bueno. Mi caso es diferente. Me gusta la aventura y ésta me fascina. Además, la posibilidad de matar demonios me atrae. Incluso una temporada aquí estaría bien, porque he visto que las mujeres de Ohba son muy atractivas.

—Daré una vuelta por el jardín —dijo Thomas cogiendo su gorra—. No tengo sueño. Los días aquí son demasiado largos. ¡Treinta y dos horas son excesivas!

—Sí cuando vuelvas estoy dormido no me despiertes. Ya me dirás mañana lo que hayas decidido —replicó Omar, empezando a quitarse las botas.

Antes de que Thomas hubiese salido del dormitorio, Omar parecía dormir profundamente.

El dormitorio tenía una salida directa al jardín. La temperatura nocturna en la capital de Alombaga era agradable y Thomas olió el fragante olor a flores. Anduvo por los senderos estrechos, flanqueados por altos y extraños árboles de alargadas hojas violetas.

Alzó la mirada y contempló dos de las cinco lunas que tenía Ohba. Vio una pequeña fuente a su derecha y caminó hacia ella, atraído por el suave rumor del agua.

Se detuvo bajo una arcada, contemplando la figura que estaba sentada junto a la fuente. A la luz de los satélites vio que era la princesa. La observó en silencio, admirando la belleza de Asiara.

Cuando se movió sus pies pisaron unas ramitas y ella se volvió. No se sobresaltó al verle. Quedose mirándole fijamente, con interés.

—Lo lamento, Alteza —se disculpó Thomas—. Me retiraré si la molesto…

Ella se levantó, diciendo:

—No, capitán Allemby. Quédese. ¿No podía dormir?

—Efectivamente. Ahora que sé que estoy en otro planeta comprendo por qué peso menos. Además, estos días tan largos me producen una extraña inquietud.

—¿En su mundo se sentía más pesado?

—Sí. Ohba debe ser un planeta más grande, pero también menos denso que la Tierra.

—Debe hablarme de la Tierra, capitán —sonrió Asiara—. Al fin y al cabo mi pueblo y yo podemos ir a ella.

—No se lo recomendaría, Alteza. Mi mundo no es muy agradable.

—¿De veras? ¿No intenta engañarme? Le aseguro que somos pacíficos. Nos contentaríamos con algo de terreno para vivir pacíficamente. Confío que los reyes de la Tierra no tendrían ningún inconveniente en que fuéramos sus vecinos. Somos un pueblo laborioso y en poco tiempo convertiríamos unas tierras malas en auténticos vergeles...

—No es eso, princesa —dijo Thomas, preguntándose cómo podría explicarle que varios millones de seres no encontrarían acomodo tan fácilmente en un mundo convulsionado como lo era la Tierra.

—Por favor, siéntese a mi lado —pidió Asiara señalando el banco donde estaba ella—. ¿Qué quiere decir, capitán? ¿Por qué no podríamos ir a su mundo?

—Estamos en guerra, Alteza —dijo Thomas sentándose muy junto a ella y percibiendo su perfume—. En Europa, un viejo continente, la gente se mata desde hace dos años. Y la guerra no tiene viso alguno de acabar pronto. Por el contrario, se hará más dura aún.

—Pero la Tierra es grande y deben existir grandes extensiones que no pertenecen a nadie...

—No. Cado nación tiene su trozo y lo defiende con denuedo contra sus vecinos. Ustedes nunca serían bienvenidos en la Tierra. Lo siento.

Asiara dejó de mirar a Thomas con una sonrisa.

—Entonces no tenemos otra alternativa que defendernos, hacer frente a los yukaes. Y sin vuestra ayuda, con las armas de que disponéis, no podremos vencer.

—Tengo un deber con mi patria, princesa —dijo Thomas con pesar—. Hay una guerra y yo debo estar en ella. Como militar estoy obligado a rogarle que nos devuelva cuanto antes a la Tierra.

—¿Y como hombre, capitán? ¿Qué desearía hacer como hombre?

Thomas sonrió levemente, pero sin dejar de mirarla a los ojos. Muy despacio puso sus manos sobre los hombros desnudos de ella y la atrajo hasta besarla. Sus labios se apretaron contra los de la princesa, estrechándola al mismo tiempo con fuerza contra su pecho.

Cuando al cabo de unos instantes se separaron, dijo: —Esto deseo hacer como hombre, princesa. Y más aún. Si Thomas había esperado una reacción violenta de la princesa, ella le dijo dulcemente:

—Quédate, Thomas Allemby. Si no son suficientes las riquezas que te ofrezco, inclúyeme a mí también.

Asiara se levantó y le tomó de una mano, conduciéndole por el sendero que terminaba al pie de unos escalones. Más allá ardían unos candelabros que iluminaban las habitaciones reales.

Thomas se gritó que debía irse de allí, zafarse de la cálida mano de Asiara. Pero no pudo. Caminó tras ella y la enlazó por la cintura cuando franquearon la entrada del dormitorio.

* * *

A Omar le despertó su asistente. En realidad no era el mismo que había tenido durante la campaña contra los invasores aliados, pero desde hacía dos días, los largos días de Ohba, estaba siempre a lado, pendiente de sus más mínimos deseos.

Se dejó afeitar por él, luego mirose el resultado del trabajo que le había hecho en el bigote. Asintió sonriendo y le despidió con un gesto.

Terminó de colocarse el uniforme recién cepillado, y mientras se ajustaba el correaje, observó que la cama de Thomas estaba sin deshacer.

Intrigado, se asomó al jardín. Esperó un poco y luego, impaciente, salió al pasillo. Pasó ante los guardias reales y buscó al chambelán.

Minutos más tarde, ante una mesa repleta de viandas, comenzó a desayunarse, lo que no sabía si correspondía al almuerzo o la cena.

Enfrascado con una fuente de sabrosas frutas, vio que Thomas entraba y se ponía delante de él. El británico tosió y empezó a mover las manos con marcado nerviosismo.

Omar le dirigió una sonrisa burlona. Comprendía más o menos lo que había pasado durante la larga noche, pero permaneció callado, a la expectativa.

Thomas, casi rehuyendo la profunda mirada de su amigo, dijo:

—He decidido que nos quedaremos, claro que si tú tienes algo que opinar en contra…

El otomano soltó una carcajada.

—¡Claro que no! Pienso como tú que debemos ayudar a esta gente.

CAPÍTULO VII

—Los terrestres nos ayudarán —dijo Asiara a Longor. El duque crispó los puños y disimuló su malestar; pero la princesa comprendió que la noticia había irritado a su primo y se preguntó a que se debía.

Longor hubiera sido rey de Alombaga, pero el anterior monarca, el padre de Asiara, anuló la ley sálica por la cual las mujeres no podían ascender al trono. Tal disposición no la conocía apenas nadie, y cuando un día el rey apareció muerto, durante una incursión contra los yukaes, todo el reino se llevó una sorpresa al leerse el testamento real.

La corte no se atrevió a anular el testamento. Por el contario, la mayor parte de Alombaga acogió con alegría que Asiara fuese reina. La joven princesa era apreciada por su pueblo. Era inteligente, aguda estadista, erudita y valiente. Manejaba las armas como un guerrero y mantenía estrecha amistad con los dos reinos vecinos.

Longor aceptó los hechos y Asiara, convencida de que sería un buen colaborador para ella, le confirmó en su puesto de jefe del ejército de Alombaga.

El duque no esperó mucho tiempo para pedirla en matrimonio. Asiara no sentía ninguna atracción por su primo y le rechazó con amables palabras, pero firmemente.

La ley básica del reino no permitía inmediatamente que ella fuese coronada. Tenía que esperar un año, aunque en ese tiempo Asiara dispondría del mismo poder que si fuese reina.

Entonces arreciaron los ataques de los yukaes, que durante tantos siglos habían permanecido recluidos en sus tierras, sin molestar a los humanos.

Cuando los antepasados de Asiara llegaron a Ohba a través del Torvae

encontraron a los yukaes. Intentaron tener amistad con ellos, pero los nativos les rechazaron. Combatieron un poco y consiguieron que se retirasen a las tierras altas, de donde no bajaron ya.

Los yukaes no poseían buenas armas, sus aceros eran malos. Las espadas de los yukaes se rompían pronto al cruzarse contra las bien templadas de los humanos, y tras sufrir las primeras derrotas parecieron comprender que nunca podrían obtener una victoria decisiva.

De vez en cuando bajaban hasta Mistule y de sus correrías siempre salían malparados.

Hacía meses que se presentaron en gran cantidad y pusieron en serio compromiso a los mistulanos. El padre de Asiara acudió en ayuda del reino vecino y en una dura batalla consiguió vencer a los yukaes, que se retiraron de nuevo a sus lares. Allí fue cuando una noche apareció muerto el rey.

Y desde hacía treinta días las hordas yukaes aparecieron de nuevo. Ahora portaban nuevas armas, fabricadas con buen acero y parecían tener un ejército mejor organizado.

Tales hechos eran desagradables sorpresas para los humanos. Después de los primeros encuentros, en los que la superioridad numérica de los salvajes del norte hicieron retroceder a los humanos, estos comprendieron que al final serían vencidos.

Asiara estudió a su primo, intentando descubrir que razón podía usar para no estar contento ante la idea de vencer a los yukaes con la ayuda de los terrestres.

—Espero que no te equivoques, prima —dijo Longor torvamente.

—¿Qué te ocurre? —preguntó ella, ceñuda—. Deberías alegrarte. Con el Torvae podríamos salvarnos, pero hace falta mucho tiempo para poder localizar un mundo apto para nosotros. Con la ayuda de los terrestres los yukaes serán vencidos. Estoy segura.

—¿Qué les has prometido?

Por un instante, Asiara temió que su primo tuviese espías en el palacio y supiese que Thomas había pasado la noche con ella. Desafiante, dijo:

—Les recompensaremos. Cuando hayamos vencido a los yukaes serán devueltos a su planeta cargados de oro y platino, que son metales muy

apreciados allí.

—¿Estás segura de que se conformarán con eso?

—¿Qué quieres decir?

—Supongamos que con la ayuda de los terrestres vencemos. Una vez que ocurra esto podemos llevarnos una desagradable sorpresa.

—Sigue.

—Contando con sus poderosas armas, los terrestres pueden preferir quedarse aquí y convertirse en los amos de Alombaga y de los demás reinos.

Asiara tuvo ganas de sollar una carcajada, pero se contuvo. Su primo estaba demasiado irritado y reírse delante de él podía herirle en su orgullo.

—Tendré presentes tus consejos, Longor.

—Eso espero —dijo secamente el duque. Hizo una reverencia forzada y salió del gabinete de trabajo de Asiara.

Entonces la princesa se volvió para mirar a Larmión, que había sido testigo mudo de la tensa entrevista.

—¿Qué piensas, Larmión? —le preguntó Asiara.

—Con el permiso de Su Alteza, opino que deberíamos vigilar al duque.

Ella soltó una carcajada.

—No creo que su comportamiento te obligue a ser tan suspicaz, Larmión.

De pronto se puso seria.

—Pero debes decirme con toda confianza lo que piensas —añadió.

—He realizado investigaciones, Alteza. Longor ha estado intentando poner en contra de la princesa a los más altos jefes del ejército.

—Lo sé. Pero eso ocurrió antes que comenzasen los ataques.

—Y también pienso que es muy extraño que los yukaes dispongan de armas de buen acero desde hace poco tiempo, lo que nunca ha

sucedido. Esos salvajes no disponen de buenos forjadores y nunca supieron fundir metales.

—¿Puedes explicarte mejor? Larmión negó con la cabeza.

—Lo haré cuando considere que tengo mis informes completos.

—Los estaré esperando ansiosamente. Ahora, Larmión, puedes ir al patio de armas. Allí están los capitanes terrestres. Thomas Allemby me dijo que tenía un plan y deseaba explicártelo personalmente.

El general hizo la reverencia de rigor y bajó hasta el patio de armas. Sobre la amplia explanada estaban todos los terrestres, excepto los pocos soldados que debían montar guardia en las bóvedas donde se habían almacenado las pesadas cajas con las municiones.

Vio a los dos capitanes de la Tierra dialogar con Luttande. Al verles llegar se dirigieron a él, saludándoles con respeto.

—El capitán Luttande me ha informado de muchos detalles, general Larmión —dijo el llamado Thomas Allemby—. Creo en la conveniencia de marchar hacia el norte y presentar batalla a los demonios allí.

Larmión pensó en seguida que esa estrategia no sería del agrado de Longor, por lo que a él le entusiasmó. Si el terrestre se lo exponía a la princesa, ésta daría su consentimiento y el duque no podría negarse.

—También hemos pedido a Luttande que reúna a sus cien hombres más capacitados —intervino el hombre que decía ser turco—. Disponemos de algunos fusiles extras y confiamos que en pocas sesiones podamos convertirlos en buenos tiradores. Así seriamos casi trescientos hombres con capacidad de fuego. Ese número, sumado a las ametralladoras, será suficiente para contener un ataque en masa de los yukaes.

Pasó a explicarle el sistema de tiro por filas previsto si eran atacados en el llano, que se extendía por casi todo el reino de Mistule. Cien hombres tumbados en el suelo, otros tantos de rodillas y el resto de pie podían constituir una barrera de fuego que ni cien mil demonios podrían rebasar.

—Los flancos estarían cubiertos por las ametralladoras —añadió Omar, dibujando el sistema, esquemáticamente sobre un papel—. Por supuesto, utilizaremos otros medios si el terreno es abrupto o si tienen que combatir en las montañas. En este caso siempre deberíamos

situarnos en las alturas y dominar desde allí al enemigo.

A Larmión le parecieron bien todos aquellos planes. Incluso el hecho de que los guerreros alombaganos fuesen armados con fusiles, tendría que disipar los temores del duque de que después de la campaña los terrestres quisieran hacerse con el poder en Ohba. Aquellos guerreros de la Tierra demostraban indudable honradez. Pero una sombra de preocupación cruzó por sus ojos y con cierto pesar, preguntó:

—¿Qué harán mientras, tanto la caballería e infantería alombaganas. Tenemos oficiales y soldados orgulloso y no se sentirán contenlos de ver cómo otros combaten por su patria.

—Hemos pensado en ellos —sonrió Thomas—, y la verdad es que no les hemos dejado la mejor parte, general. En algunas ocasiones tendrán que actuar de señuelos, haciéndose perseguir por los yukaes y atraerlos a los lugares donde les tenderemos emboscadas.

—Si dispusiéramos de tiempo podríamos intentar fabricar fusiles y armar a mil hombres. Pero no disponemos de él, ¿verdad? —dijo Omar, lamentándose.

—¿Podrían construirlos? —inquirió, asombrado, el general.

—Desde luego sabemos fabricar pólvora y entre mis hombres tengo excelentes armeros y las balas podrían hacerse con las cargas de papel. No serían tan efectivos como los nuestros, pero tendríamos unos buenos fusiles, aunque lentos porque tendrían que cargarse a cada disparo —dijo Thomas.

El otomano pidió a Luttande un objeto que éste sostenía entre sus manos. Larmión arrugó el ceño al reconocer a un disparador de dardos alombagano. Omar explicó:

—Aunque sus arqueros son temibles y debemos aprovecharlos también, creo que sería conveniente que el mayor número de guerreros de Alombaga dispusiesen de estos lanzadores de dardos. Pueden ser cargados con siete y dispararlos de uno en uno.

—Pero sólo son efectivos a corta distancia, hasta un máximo de unos cien codos —dijo Larmión.

—Es suficiente. Siempre sería una buena ayuda para los fusiles. ¿Cuál es el número de guerreros disponibles?

Larmión le contesto que cien mil, pero tenían unas extensas fronteras

que defender y más de la mitad estaban repartidos en los distintos fuertes levantados a lo largo del vecino Mistule y Taskea.

Thomas movió la cabeza, como si aquella cifra no encajase en sus cálculos.

—Es ridículamente pequeño ese ejército, general. También me ha llamado la atención que ustedes apenas sean media docena de millones de humanos repartidos en tres reinos. Tenía entendido que emigraron a este planeta hace más de mil años. Se han multiplicado poco, ¿no?

—Forzosamente debía ser así, capitán Allemby —replicó el general—. El terreno apto para vivir en Ohba es muy pequeño. Desde el primer momento nuestros antepasados comprendieron que debían controlar los nacimientos. Nos acostumbramos a ser poco prolíficos.

—¿Y los yukaes? ¿Cuántos son?

—Lo ignoramos con exactitud, pero me temo que sean muchos más. Seguramente nos triplicarán en número. Si no han alcanzado mayor número de población es porque ocupan tierras aún peores que éstas.

—¿Pero no existen otros continentes?

—Sabemos que hay más tierras al sur y al este, pero el océano nos impide llegar a ellas.

—¿Cómo es posible? —preguntó Thomas—. ¿Es que no disponen de barcos?

El general se disculpó con una sonrisa.

—Nuestros barcos son pequeños. Apenas capaces de alejarse unos miles de codos de las costas. Nunca fuimos un pueblo marinero.

Cuando los alombaganos les dejaron solos, Omar comentó:

—Tendremos que enseñar a estas gentes a construir barcos grandes. Creo que lo haré más tarde, antes de que regresemos a la Tierra. Al menos les dejaré diseños para que puedan tenerlos.

Thomas no respondió. Al escuchar a Omar hablar del regreso su gesto se ensombreció. Para que éste no pudiera adivinar sus pensamientos llamó al sargento MacClure y le comunicó que Luttande les enviaría pronto cien guerreros escogidos a los que debía adiestrar en el manejo

de las armas de fuego.

* * *

Tres días más tarde, Thomas anunció que todo estaba dispuesto para enfrentarse a los yukaes. Mientras tanto, por los reinos humanos se había extendido la nueva de que en Alombaga había un grupo de hombres procedentes del espacio que iban a combatir a los bestiales invasores del norte. La riada de fugitivos creció y las calles de Untionil se llenaron de gentes que se sentían seguras dentro de los muros de la capital del reino.

Todo estaba previsto para partir al día siguiente, a primeras horas, cuando el sol de Ohba surgiese tras los montes que separaban a Alombaga de Taskea.

Thomas caminaba por los pasillos del palacio en dirección a las habitaciones privadas de la princesa. Al doblar una esquina casi se dio de bruces con el duque Longor.

Los dos hombres se miraron fijamente. El duque lo hizo con visible odio y Thomas, en cambio, con curiosidad, preguntándose por qué el primo de Asiara no simpatizaba con él.

—Duque Longor, le supongo enterado de que partiremos dentro de diez horas —dijo Thomas, más que nada para romper aquel silencio que le resultaba embarazoso.

—Lo sé —respondió Longor abruptamente—. Pero yo partiré antes que su columna, capitán Allemby.

—¿Por qué? Suponía que todos habíamos quedado de acuerdo...

—Mis hombres y yo alcanzaremos mucho antes la frontera que ustedes, que llevarán muchas carretas y eso les retrasará la marcha. Emisarios desde los fuertes me han informado de que los yukaes cruzarán pronto Mistule. Son las avanzadillas. Detrás llegan interminables riadas de enemigos. Debemos contener a los grupos adelantados. Les esperaremos en el valle Wranderle. Una vez reunidos ascenderemos hacia el norte.

A Thomas le molestó conocer aquella variante del plan a tan pocas

horas de la partida. Vio que el duque estaba decidido a llevar a cabo su proyecto de partir antes que él, con casi todo el grueso del ejército alombagano. No encontró ningún argumento para hacerle desistir y despidiose de él.

Casi notó en su nuca la mirada de Longor mientras seguía su camino por el pasillo. Incluso cuando abrió la puerta del dormitorio de Asiara creyó que los llameantes ojos del duque le habían seguido.

La princesa se arrojó a sus brazos y le besó repetidas veces.

—¿Qué te sucede, mi amor? —le preguntó ella notando el fruncimiento en el semblante de Thomas.

El terrestre le explicó su encuentro con el duque y Asiara se estremeció ligeramente entre sus brazos.

—Desconfío de mi primo, Thomas —dijo Asiara ofreciéndole una copa de vino.

—¿Por qué?

—Aspiró a ser rey. Cuando no lo consiguió pretendió llegar al trono casándose conmigo. Yo le rechacé. Pero me temo que tiene fieles amigos que sólo le obedecerán a él.

—Ordénale que no parta antes que nosotros.

—Sería una imprudencia. No puedo hacerla en estos momentos. Creo que mientras existan los yukaes no intentará nada. Ahora debemos estar todos unidos contra el enemigo común.

—¿Y luego?

—Entonces ya veríamos.

—Me gustaría que te quedases aquí —dijo Thomas.

—Mi deber como futura reina es ir con mis hombres. Y contigo, mi amante guerrero del espacio —sonrió ella llevándole lentamente hasta el amplio lecho.

Thomas la tomó por los hombros. Mirándola fijamente a los ojos, preguntó:

—¿Haces esto como gratificación extra a mi soldada? Asiara alzó el rostro y le mostró una sonrisa abierta.

—Lo habría hecho si fuera preciso; pero ahora no podría vivir sin ti. Te amo. Aunque no quisieras luchar por mi país mi dormitorio estaría siempre abierto a ti.

Thomas volvió a pensar en el posible momento del regreso. ¿Qué haría entonces? Rechazó aquel pensamiento y se concentró tan sólo en responder a las caricias y besos de Asiara.

CAPÍTULO VIII

El ejército del duque Longor salió de Untionil cuando la ciudad aun dormía. Horas más tarde, con Asiara al frente, cabalgando al lado de Thomas Allemby, que difícilmente podía manejar su montura, el resto de los guerreros alombaganos y los terrestres, fueron despedidos con entusiasmo por la población, que veía en ellos la esperanza de verse libre de la amenaza yukae.

Tres días más tarde alcanzaron las fronteras con la vecina Mistule por el noroeste. Los fuertes que cruzaron les comunicaron que por allí había pasado el ejército de Longor, llevándoles mucha delantera, en dirección al valle Wranderle.

También fueron advertidos de que los yukaes estaban cruzando Mistule por la parte oriental y sin duda Longor debería toparse con ellos incluso antes de alcanzar Wranderle.

Al día siguiente les salió al paso un grupo de guerreros.

Al frente cabalgaba un hombre alto, de poblada barba blanca. Su raída capa escarlata medio ocultaba una armadura que otrora fue brillante.

—Es el rey Ardancan —dijo Asiara a Thomas en voz baja—. Parece muy avejentado. Es buena persona y tal vez esté algo resentido contra nosotros porque, sobre todo por culpa de Longor, les negamos ayuda cuando las cosas no se habían puesto tan difíciles como ahora.

El monarca saludó a Asiara como si ella ya hubiese sido coronada. Mostró su sorpresa ante Thomas y sólo cuando la princesa le hubo contado cómo habían llegado a Ohba los terrestres, dijo:

—La capital de mi reino se ha visto por el momento libre de yukaes, porque éstos han tomado las tierras orientales únicamente para dirigirse a tu país. ¿No es extraño todo esto? —Desde luego, Ardancan —asintió ella—. Estamos dispuestos a plantar batalla aquí a los yukaes y unirnos a tus tropas.

Ardancan emitió una sonrisa profundamente amarga. —¿Mis tropas? Apenas tengo soldados. Tal vez unos quinientos, no más. La gente huye en desbandada hacia el sur. Primero a tu reino, y después... ¿Adónde irán después? Su huida será cortada por el mar.

Asiara intentó darle ánimos y le recordó que con ella estaban los terrestres y sus mortíferas armas.

—Longor nos espera en Wranderle —añadió—. Allí cortaremos el avance de los yukaes. Debes unirte a nosotros, rey Ardancan.

El monarca de Mistule miró con pesar a Asiara. Luego apartó los ojos de ella y dijo:

—Lo siento. Quería retardar el amargo momento en que debía decirte que hace unas horas hemos visto un desagradable y triste espectáculo al otro lado del valle Wranderle.

—¿Qué quieres decir?

—Allí hay cientos de muertos, guerreros alombaganos.

Hace dos días debió librarse una furiosa batalla contra los yukaes. Sin duda son los restos del ejército que mandaba el duque, tu primo.

Asiara palideció, estremeciéndose.

—¿Está seguro de que se trata de los hombres de Longor? —preguntó Thomas.

—Sí. Allí están sus estandartes, destrozados. Pero no he hallado el cuerpo de Longor. Tal vez haya conseguido escapar con algunos de sus hombres.

—Si pudo huir debió encontrarse con nosotros... —musitó Asiara, pensando en los alombaganos que habían perecido.

—Puede ser que los yukaes les hubiesen cortado la retirada —opinó Ardancan—. En estos momentos puede estar dando un amplio rodeo para intentar reunirse contigo, Asiara. Debieron caer en una

emboscada, pero fue una acción que no comprendo cómo Longor la llevó a cabo. Cruzó el valle y metió su ejército por un estrecho paso. Más que una batalla debió ser una matanza.

Asiara ordenó acampar allí, apenas a una hora de camino del valle. Luego empezó a caminar preocupada, seguida de Thomas.

—¿Qué piensas de todo esto? —le preguntó el capitán.

—Estoy confundida. Quizá haya pensado mal de Longor y éste ha caído luchando valientemente, aunque cometiese el error de conducir a sus hombres a una encerrona.

—¿Es que no existe otro camino hacia el norte que ese paso?

—Sí, pero es abrupto y los carros no pueden ascender.

Luego comienzan las tierras de los yukaes, apenas a media jornada de camino.

—No sabía que estuvieran tan cerca esos demonios...

—En el este el reino de Mistule se estrecha y las tierras de los yukaes bajan, existiendo una estrecha franja. Creemos que los yukaes poseen algunas de sus ciudades muy próximas a la frontera de ellos con Mistule.

Thomas entornó los ojos y quedose unos segundos en silencio. Notó sobre él la mirada curiosa de Asiara. Le miró y dijo:

—Cariño, creo que debemos hacer algo. Tengo un plan.

—¿Qué pretendes?

—Esos demonios, como los llama Omar, me están sorprendiendo. Vosotros decís que carecen de inteligencia, pero están actuando como siguiendo un definido plan estratégico. Después de vencer a Longor se han retirado a sus cuarteles y allí están preparando algo. Por lo tanto, no vamos a darles tregua.

—Sigo sin entender nada...

—Lo comprenderás en seguida. Quiero que dispongas a tus hombres sobre las alturas del sur del valle. Quedarán contigo los alombaganos armados con fusiles. Yo me llevaré a mis hombres y subiré al norte por el camino paralelo al paso donde fueron masacradas las tropas de Longor.

—¿Estás loco? Vas a meterte en el cubil del enemigo…

—No te preocupes. Los yukaes no disponen de monturas como las vuestras porque nunca fueron capaces de domarlas. Mis hombres están habituados a largas caminatas, y si tenemos que huir esos demonios nunca nos alcanzarán.

—Insisto en que se trata de una locura. ¿Qué intentas hacer?

—Te lo diré cuando vuelva —rió Thomas—. Cogeremos a los yukaes por sorpresa porque no esperarán que un grupo ascienda por el camino difícil. Estarán esperando a todo el ejército de Alombaga, con sus pesados pertrechos y gran polvareda que levantan tantas gentes.

No quiso escuchar las protestas de Asiara y echó a andar en busca de Omar y el teniente Roscoe.

* * *

Thomas echó un vistazo hacia atrás. Mirando por encima del hombro de Omar sus hombres estaban agrupados, tratando de ocultarse entre la maleza y rocas.

A los pocos minutos, llegó hasta él el cabo Fischer, seguido de dos fusileros. Después de jadear un poco, hasta recobrar una respiración casi normal, el suboficial dijo:

—Señor, hemos llegado hasta el desfiladero. Aquello huele a cuerpos corrompidos. Hay cientos de cadáveres de alombaganos. Es algo horrible. El rey Ardancan se quedó corto.

—¿No vio nada más, cabo?

—Sí. Unos cientos de yardas más arriba hemos visto a muchos yukaes. Están escondidos, como si esperasen que por el paso vaya a llegar otro ejército y exterminarlo.

—¿Están en ambos lados?

—No. Sólo en el éste. En la otra parte del desfiladero es imposible apostar un hombre porque las paredes son demasiado altas.

—¿Y más allá, hacia el norte?

—Puedo asegurarle que en dos o tres millas no hay más demonios.

Thomas consideró que aquella información era inapreciable. Discutió con Omar algunos detalles y luego dividieron los soldados en dos grupos. Los británicos que correspondieron bajo el mando del otomano no pusieron muy buena cara. No hacía mucho tiempo que habían estado peleándose entre sí y la idea de obedecer a Ornar, pese a que lo consideraban un buen oficial, valiente por añadidura, no les complacía. Pero comprendieron que éste tenía más experiencia que el teniente Roscoe y acataron las órdenes disciplinadamente.

Mientras Omar se quedaba rezagado y allí esperaría el momento de atacar, Thomas condujo a sus hombres por entre los raquíticos bosques, a lo largo del paso y siempre vigilante. Destacó a varios grupos para que fuesen explorando el terreno.

Cuando llegaron donde terminaba el desfiladero, Thomas ordenó a sus soldados que se desplegaran. Luego avanzaron sobre el borde del paso, con las armas montadas y caladas las bayonetas.

Anduvieron con sigilo y pronto avistaron a los demonios.

Estaban agrupados cerca del borde, con aspecto cansado. Algunos se distraían afilando sus grandes espadas y lanzas, mientras otros dormitaban.

Thomas amartilló su revólver y levantó el percutor, apuntando cuidadosamente contra un demonio enorme, que roía un trozo de carne de duro aspecto con sus grandes dientes.

Apretó el gatillo y el demonio saltó con un agujero en la estrecha frente. Medio segundo después setenta fusiles hicieron fuego.

Los yukaes cayeron abatidos por docenas y las descargas se convirtieron en una ininterrumpida y mortal sinfonía de estampidos.

Cuando los demonios pudieron reaccionar y se lanzaron contra los atacantes, sus horribles cuerpos se ensartaron en las bayonetas. Cundió el pánico en ellos y empezaron a huir.

Thomas disparó, hasta vaciar el cilindro, contra los fugitivos. Había ordenado que no quedase ninguno vivo que pudiese dar la alarma.

Cesaron los disparos y Thomas dispuso que se diera una batida por los alrededores. Cuando le confirmaron que no quedaba un solo yukae con vida, esperó a Omar.

El otomano llegó pocos minutos más tarde. Dijo que también habían exterminado a los yukaes que les tocaron, aunque tuvo dos bajas, además de tres heridos.

—Esos demonios son temibles cuando manejan sus grandes espadas a corta distancia —bufó.

Pese a la prisa de Thomas, no quiso que sus muertos quedasen allí y los mandó enterrar. Luego prosiguieron adelante, siempre con patrullas destacadas dos o tres centenares de metros.

Apenas se detuvieron unos minutos para recuperar fuerzas y saciar la sed. Nadie comió porque casi todos estaban un poco sobrecogidos por el horrible paisaje en que se iba trocando aquellas tierras, ya en pleno territorio yukae.

El teniente Roscoe informó que un grupo había regresado diciendo que a su derecha había un gran campamento yukae, con miles de demonios. Thomas quedose indeciso, hasta que los componentes de otra avanzada, la destacada en vanguardia, comunicaron que apenas a un par de millas existía un poblado estable yukae.

—Señor, he visto cobertizos que parecen usar como fundición —añadió el soldado.

—¿Muchos guerreros yukaes?

—Unas docenas. Los demás parecen viejos y son los que trabajan en las fraguas y fundiciones. Señor...

—¿Sí, soldado?

—Es que también hemos visto esas monturas, como las que utilizan los alombaganos.

—Las habrán capturado de la columna del duque Longor, ¿no?

—Es que me ha parecido ver a Longor allí, paseando tranquilamente.

Thomas frunció el ceño y Omar soltó una maldición.

—¿Qué piensas? —le preguntó el británico.

—Tal vez ahora nos enteremos de cómo han sido capaces estos brutos de obtener buen acero, si nunca consiguieron antes hacerlo.

—¿Longor pactando con los demonios? —Thomas movió la cabeza

negativamente—. No puede ser. Será un ambicioso, pero ningún humano sería capaz de tan sucia acción.

—Bueno, debes decidir lo que hacer. Estamos en terreno enemigo. A nuestra derecha, a unas veinte millas, se extiende una gran concentración de demonios. Delante está el poblado y esa fundición. Asiara sólo cree que nosotros hemos venido aquí para limpiar de yukaes el desfiladero, ¿no? Si esa masa de demonios, los que están acampados, se deciden a atacar el valle, es posible que los alombaganos sean incapaces de resistir sin nuestra ayuda. Opino que debemos regresar.

—Tienes razón, pero me gustaría averiguar más cosas—Thomas se mordió los labios y miró a su amigo—. Voy a pedirte algo difícil, Omar.

—¿De qué se trata?

—Pediré voluntarios y me acercaré al poblado. Si Longor está prisionero lo rescataré.

—¿Y si no es un prisionero?

—Entonces recibirá lo que merece.

El otomano soltó una risita divertida.

—¿Vas a dejarme como comandante en jefe de tus hombres? ¿Olvidas que soy tu enemigo?

—No digas tonterías. La Tierra está demasiado lejos.

—Bueno, como quieras. ¿Qué dirán tus hombres?

—Pondré al mando al teniente Roscoe para evitar susceptibilidades, pero te ruego que le aconsejes. Es valiente, pero sin experiencia.

Se estrecharon las manos y Thomas pidió voluntarios después de explicar lo que iba a hacer. Le sobraron y eligió a tres hombres y al sargento MacClure.

Esperó allí hasta que los hombres regresaron por donde habían venido y entonces reemprendió la marcha. Con él estaba uno de los hombres que había descubierto el poblado y les condujo.

Media hora más tarde se detenían tras unos arbustos, sobre una loma. Desde allí veían el poblado. Estaba compuesto por más de un centenar

de chozas. Fuera de éstas, delante de ellos, se levantaban unos cobertizos donde forjaban las armas de acero.

Estuvieron allí largo rato, sin dejar Thomas de escudriñar con los anteojos. De pronto pegó un brinco.

Había descubierto a Longor.

El duque estaba plantado delante de dos demonios y les hablaba en su lengua gutural, ayudándose con expresivos gestos. Los yukaes movieron afirmativamente sus horribles cabezas y se alejaron. Entonces apareció un alombagano, llevando dos monturas de las bridas.

Montaron en ellas y lentamente se dirigieron hacia las lomas.

Thomas pensó que la suerte le ayudaba increíblemente.

Longor y su acompañante se lo estaban poniendo demasiado fácil. Podría capturarle sin arriesgar nada. Seguramente el duque se encaminaba hacia el gran campamento yukae.

Ordenó a sus hombres que se ocultasen y él se colocó al final del sendero. Esperó allí.

Cuando Longor y el otro jinete aparecieron delante de él, salió de detrás de los arbustos y les apuntó con el revólver. Lentamente fueron apareciendo sus hombres, con los rifles dispuestos.

—Me alegra verle sano y salvo, duque Longor. Debiste luchar con valentía para escapar de la encerrona. ¿También te has escapado ahora de las garras de los demonios? —dijo Thomas, conteniendo sus deseos de acabar allí mismo con el traidor.

El duque le miró imperturbable. Despacio, su rostro emitió una sonrisa divertida.

—Terrestre, me sorprende tu estupidez. Pero creo que podría aconsejarte. Aún estás a tiempo de ponerte al lado del más fuerte.

Furioso, Thomas acarició el gatillo del revólver. —¿Admites que te has vendido a los demonios?

—No es ésa la definición exacta. Yo soy el jefe de los yukaes. Por lo tanto, no he podido venderme.

—Me dijeron que cualquier contacto con los demonios estaba

condenado al fracaso. Ellos no quieren relacionarse con los humanos.

—Es una leyenda —rió el duque—. Desde hace años yo mantengo relaciones con esos brutos ignorantes. Una vez capturé a varios y en lugar de matarlos los encerré. Les obligué a que me hablaran en su rudimentario lenguaje. Cuando lo supe me enteré de muchas e interesantes cosas. Luego ellos me condujeron ante sus jefes y formalizamos un pacto.

—¿Un pacto contra los humanos?

—No seas ingenuo, terrestre. Yo siempre temí que nunca conseguiría alcanzar el trono que me correspondía. Cuando murió el padre de Asiara ya tenía un plan, aunque agoté los recursos para no llevarlo a la práctica: Al ser rechazado por ella decidí valerme de él para alcanzar la corona.

Thomas estaba sorprendido y dijo:

—No puedo creerlo. Debes estar loco, Longor. ¿Cómo piensas en ser rey de un reino que no existirá? Cuando los yukaes terminen no quedará un humano en todo Ohba. ¿Es que quieres ser el monarca de esos demonios?

—Nada de eso. Los yukaes sólo quieren recobrar unos terrenos localizados en Mistule. Allí ellos obtenían unas raíces de un raro árbol que les evita ser estériles. Si pasan algunas generaciones más sin dichas raíces, quedarán exterminados. Yo les he prometido esas tierras a cambio de ayuda. Como no tenían muchas probabilidades de vencer en una guerra con sus mal forjadas armas, les enseñé a fabricar excelente acero.

—Maldito —escupió Thomas—. Han muerto muchos hombres. ¿Ni siquiera eso te detiene en tus ambiciones?

—No. En absoluto. Es algo irremediable. Cuando los ejércitos de Asiara sean derrotados de nuevo, yo usaré mis hombres y simularé una batalla, que hará que se replieguen los yukaes, aunque para que se queden con los territorios que necesitan firmaremos un pacto a costa de Mistule.

—Entiendo. Por eso siempre te negaste a que Alombaga se aliara con Mistule.

—Exacto. ¿Está satisfecha tu curiosidad, terrestre?

—No. Aún no. ¿Qué hay del Torvae?

—Oh, ese resto de nuestros antepasados es sólo un incidente. No quiero que se produzca la emigración, porque entonces no quedarían humanos a quienes gobernar, ¿no? Precisamente había planeado dirigir los ejércitos yukaes inmediatamente hacia Torvae y destruido todo.

—Estás loco. Longor. Te llevaré ante Asiara y responderás de tu traición

El duque movió la cabeza y dijo a Thomas con pesar:

—¿Por qué no consideras la idea, Thomas Allemby? Si destruimos el Torvae te quedarás aquí para siempre. Te propongo que retires a tus hombres del ejército de Asiara. Te limitarás a esperar unos días, hasta que acabemos con ella. Yo cambiaré mis planes y en lugar de ir ahora directamente hacia el Torvae, venceré a Asiara. Luego te transmitiré a tu mundo y entonces la milenaria máquina será arrasada.

—¿Qué has planeado respecto a Asiara? —preguntó Thomas.

—Es una mujer muy hermosa. Si no muere en la batalla la convertiré en mi concubina —Longor se encogió de hombros—. Hubiera podido ser reina, pero me insultó al rechazarme. Al final será mía y una más de mis amantes.

Soltó una carcajada y Thomas, sin poderse contener, levantó el percutor del arma, dispuesto a disparar contra el duque.

Entonces ocurrió algo que le hizo fallar el disparo. Una maza pesada, de madera, le golpeó en el hombro.

Al mismo tiempo, de la espesura surgió una avalancha de demonios. Vio que dos de sus hombres eran ensartados con las largas lanzas. Otro intentó defenderse y una espada cayó sobre su cabeza, abriéndosela en dos. El sargento disparó y un demonio cayó a sus pies, pero el que llegaba detrás, lanzando un grito, lo decapitó.

Thomas disparó otra vez contra el duque, pero éste se había retirado unos metros y el proyectil alcanzó al alumbagano. Longor emitió unas órdenes en lenguaje gutural y varios yukaes cayeron sobre el capitán, inmovilizándolo.

Atado fuertemente, Thomas contempló cómo Longor le miraba divertido.

—Debiste haber aceptado mi propuesta, terrestre. A hora no tendrás nada.

—Maldito traidor —gritó Thomas—. ¿Qué esperas para matarme?

—Habrá tiempo —rió el duque—. Te llevaré conmigo al Torvae. Mientras tu amada princesa nos espera en el valle Wranderle nosotros daremos un rodeo y bajaremos hasta el Torvae. Una vez destruido la sorprenderemos por la espalda. Eres demasiado tonto, capitán. Desde que te asomaste en la colina sabía que estabas espiándonos y te preparé esta pequeña trampa.

—¿Como la que tendiste a tus hombres?

—Bueno, en el desfiladero sólo murieron los que sabía que no me obedecerían. Tengo un centenar de fieles soldados alombaganos, que usaré cuando llegue el momento para llevar a cabo el simulacro de batalla, tras la cual todos los seres de Ohba me aclamarán como su salvador. Incluso seré rey de Taskae y de lo que conservemos del reino de Mistule.

Longor dio otras órdenes y trajeron una montura vacía, sobre la que varios demonios hicieron subir a Thomas.

—Como verás soy extremadamente amable. No es mi deseo que te canses caminando. En una jornada estaremos en el cráter.

CAPÍTULO IX

Omar Tartuk vio cómo la princesa se acercaba a él, caminando con pasos rápidos. Estaba con la espalda apoyada contra un carro cargado de municiones y se enderezó ante su presencia.

No pudo evitar un sentimiento de envidia hacia Thomas.

Asiara era muy hermosa y sabía que aquel condenado británico era su amante.

—No debiste haber dejado allí al capitán Allemby, Omar —le recriminó la princesa—. Hace horas que debió regresar.

Omar asintió.

— Yo también estoy preocupado. He enviado una patrulla. Confío que esté aquí enseguida.

Un guerrero alombagano llegó corriendo en aquel instante. Después de saludar a su princesa dijo que los soldados terrestres que habían salido de descubierta estaban regresando.

Asiara corrió a su encuentro, seguida de Omar y del teniente Roscoe. También acudió el general Larmión.

El cabo Fischer saludó militarmente a Omar, sintiéndose un poco ridículo porque al otomano lo consideraba aún como su enemigo. Pero eso era en la Tierra, pensó, y ahora luchaba contra una raza de demonios.

Miró a la princesa y se sintió turbado, e incluso un poco desplazado cuando le hizo una reverencia. Tosió y dijo roncamente:

—Hemos descubierto un ejército de yukaes. Al frente está el duque Longor y unas docenas de guerreros alombaganos. Llevan prisionero al capitán Allemby. No hemos visto a los demás hombres que se quedaron con él.

Asiara se mordió los labios. Aquello confirmaba lo dicho por Omar. Longor era un traidor y tenía oscuros planes que le habían llevado a aliarse, sorprendentemente, con los yukaes.

Omar, con el rostro contraído por la rabia, dijo que debían disponerse para defender el valle, única entrada oriental al reino de Alombaga.

—Bueno, no creo que se dirijan hacia aquí, señor —le dijo el cabo Fischer—. Por la ruta que han tomado diría que seguirán hacia el sur, pero más hacia el oeste. Eso me ha sorprendido mucho.

El otomano cruzó una mirada perpleja con la princesa.

—¿Adónde conduce esa dirección, princesa?

Asiara aspiró profundamente y dijo:

—Sin duda alguna, a Torvae.

* * *

Larmión negó con la cabeza después de escuchar a la princesa.

—Con todo respeto, Alteza, lo considero una locura.

Abandonar el valle significa dejar abiertas las puertas de Alombaga a los yukaes.

Ella se revolvió furiosa contra el general.

—¿Es que no lo comprendes? Longor es astuto. Marcha hacia el cráter con la idea fija en su mente retorcida de destruir el Torvae.

—Pero tendrán que volver sobre sus pasos y usar el valle si quieren invadir nuestro país —dijo, nervioso, el general. —Creo que nosotros podríamos anticipamos a ellos —dijo Omar—. No pueden ir muy deprisa, con esa masa de yukaes a pie. Tenemos monturas.

—Pero los terrestres no sabéis montar... Omar soltó una carcajada.

—Creo que éste es el momento de aprender. Y si no podemos con vuestras más dóciles monturas podemos ir en los carros. Colocando tiros más poderosos, es decir, incrementando el número de bestias.

Asiara se volvió para mirar desafiante al general. —Iremos al cráter.

Le dio la espalda y se retiró en dirección a su tienda. El general resopló y abatió los brazos, expresando su desesperación.

—Está enamorada de su amigo, terrestre —dijo a Omar recriminatoriamente.

—Oh, yo no tengo la culpa. La verdad es que siento envidia de Thomas.

—¿Qué hará ella cuando regreséis a la Tierra? —comentó Larmión preocupado—. Supongamos que Allemby sale con vida de ésta y llega el momento de las despedidas. ¿Qué decidirá Asiara?

Omar se encogió de hombros.

—Dejemos eso para cuando llegue el momento. Y ojala tengamos que enfrentamos a ese problema. Eso significará que el Torvae no será destruido —miró en su entorno y añadió—: Lo siento, general, pero a mí particularmente no me atrae su mundo.

* * *

A Thomas le sujetaron a un árbol sin desatarle las manos cuando la columna se detuvo para pasar la larga noche de Ohba. Dos gigantescos demonios se sentaron frente a él, vigilándole.

A un centenar de metros se alzó la tienda del duque, custodiada por sus soldados humanos. Thomas le vio salir de ella. Llevaba en la mano un plato de metal y se dirigió hacia donde estaba el prisionero.

—Le traigo la cena, terrestre —dijo Longor entregándole el plato con trozos de carne asada.

Thomas lo agarró como pudo con las atadas manos por las muñecas y lo contempló. Luego alzó la mirada, escrutando al sonriente Longor.

—He estado dando vueltas a todo esto —dijo Thomas—, y no veo ninguna lógica en su actitud, Longor, que me demuestre que está cuerdo.

Indolentemente, el duque se sentó en un tronco frente al británico.

—Me has insultado muchas veces, terrestre —dijo—. Ya deberías estar muerto, pero te conservo con vida porque te reservo algo más sutil para cuando llegue el momento de matarte. Espero coger con vida a esa ramera de Asiara. Delante de ella ordenaré que te maten, pero muy lentamente, para que sufras lo infinito. ¿Por qué dices que no comprendes mi actitud? ¿Te refieres a mi alianza con esas bestias ignorantes?

—Entre otras cosas, sí. ¿No has pensado que algún día los yukaes, envalentonados, pueden volverse contra los reinos que serán tuyos?

—Claro que lo he pensado —rió el duque—. Son tan simples los yukaes que no se imaginan que cuando me haya servido de ellos intentaré eliminarlos como raza en Ohba. Se sentirán muy contentos recuperando las tierras de donde piensan sacar las raíces que les devuelvan sus mermadas posibilidades de procreación. Tendría que estar yo loco permitiendo tal cosa. Antes de una generación serían demasiados y se verían obligados a buscar espacio vital en mis posesiones. Antes que eso suceda, cuando de nuevo tenga un poderoso ejército, los exterminaré.

—Tal vez no te resulte tan fácil, ahora que poseen armas fabricadas con el buen acero que tú les has enseñado a hacer.

—Eso creen ellos. Los ácidos precisos los conservo yo.

Cuando los abandone sus armas les saldrán aún peores que las antiguas. Y las que tienen ahora terminarán desgastándose. Además, cuento con los que llamáis fusiles, de los cuales pienso capturar bastantes cuando derrote a Asiara en el valle. ¿Te conté que la sorprenderé por la espalda? Ni siquiera daremos tiempo a tus soldados a usar sus armas de fuego.

—Pero lo que no comprendo es por qué deseas destruir el Torvae. Podría servirte alguna vez…

—Bien, mi idea es destruirlo para desmoralizar a los fieles de Asiara. También tus hombres se sentirán con pocos deseos de combatir cuando sepan que no queda ya ninguna posibilidad de volver a la Tierra. Mas he pensado que cuando inspeccione el cráter donde está el Torvae y juzgue si es posible defenderlo con pocas fuerzas, tal vez reconsidere mi decisión de borrarlo de la faz de Ohba.

El duque se levantó y miró con desprecio a los dos yukaes que montaban guardia. Ambos demonios se movieron respetuosamente hacia Longor, quien dijo:

—Míralos. Me temen. Son como animales dóciles sabiéndolos tratar. Creo que el problema de ellos ante nuestra llegada a este planeta ha sido la falta de comunicación. Nunca nadie fue capaz de aprender su lengua. Cuando me vieron a mí que podía hablarles casi me tomaron por un dios. Están llenos de supersticiones y yo me he valido de ellas. Pero algún día pueden ser un peligro y lo más sensato será aniquilarlos cuando no me sirvan.

Longor recogió su larga capa e hizo una inclinación de cabeza a Thomas, diciendo antes de regresar a su tienda:

—Descansa, Thomas Allemby. Mañana llegaremos al cráter y antes de dos días entraré triunfalmente en Untionil, donde seré aclamado como salvador de Alombaga. El pueblo secará sus lágrimas por la muerte de Asiara y se sentirá feliz por tener un monarca invencible. Si Asiara se salva nadie sabrá que la mantendré viva en mi harén.

Thomas le vio alejarse, conteniendo a duras penas la rabia que le embargaba. Respiró profundamente y miró la comida. De mala gana empezó a tirar bocados a la carne.

Poco después el campamento quedó silencioso. Los centinelas se movían entre las hogueras y de vez en cuando bufaban las monturas de los guerreros alombaganos adictos al duque.

Los yukaes que vigilaban dormitaban también y Thomas, rendido por los acontecimientos, desalentado, se sumió en un sueño poblado de pesadillas .

* * *

A poca distancia del cráter, Longor alzó los brazos en gesto de triunfo y gritó a Thomas, que cabalgaba a su lado: —Ahí está el Torvae. Pronto esa reliquia de nuestros antepasados será un montón de ruinas irrecuperables. ¡Vamos!

Por el abrupto paisaje, el ejército del duque ascendió por la ladera, después que los alombaganos descabalgaran. La mitad de los yukaes quedaron al otro lado y los demás descendieron al interior del cráter.

Thomas miró con asombro las construcciones alzadas en el centro del cráter. Sabía que fueron proyectadas desde el mundo original de los humanos de Ohba. Su existencia en el planeta provocó el cráter, al que su descomunal fuerza cósmica horadó de forma incontenible. Luego llegaron los fugitivos del mundo que perecía y así estuvo muchos siglos, inactivo.

—Quiero que contemples la muestra de la inteligencia de nuestros antepasados, terrestre —dijo Longor con evidente orgullo en sus palabras—. Ellos rechazaron la tecnología, pero algún día nosotros la recobraremos —miró extasiado el Torvae—. Será una pena que todo esto desaparezca. Tal vez podríamos conservarlo. Pienso que no sería muy difícil de defender con unas pocas fuerzas...

Los cientos de yukaes se detuvieron, como asustados ante la magnitud del cráter y lo que contenía. Incluso los alombaganos de Longor siguieron a su jefe con recelos, mirándolo todo con ojos muy abiertos. Al frente, el duque caminaba hacia la entrada del Torvae con pasos decididos.

Con las manos atadas, Thomas le seguía, preguntándose si aquel lugar sería el elegido por el enloquecido duque para asesinarle.

Estaban cruzando las puertas cuando algo inesperado ocurrió. Del interior del círculo amurallado surgieron soldados con uniformes pardos y los redondos cascos de acero británicos. Gritaron y amagaron con sus fusiles embayonetados a los alombaganos que acompañaban al duque. Longor saltó hacia atrás mientras desenvainaba su espada, con la que rechazó la finta de una bayoneta.

Thomas vio aparecer a su lado al teniente Roscoe, quien de un tajo le cortó las cuerdas que le sujetaban las manos.

—¡Vamos, señor! Huyamos antes de que salgan de su sorpresa.

Los fusileros británicos y tres turcos dispararon sus armas contra el resto de alombaganos que se retiraban, cubriendo al duque, hacia el grueso de las fuerzas que permanecían lejos, cerca de la ladera.

Thomas sintió que alguien colocaba entre sus manos un revólver. Se volvió y miró al sonriente Omar.

—Úsalo, amigo.

Antes de que tuviera tiempo de decir algo, el otomano le indicó unas escaleras de madera que conducían a la parte superior de la muralla que formaba un círculo alrededor de los postes captores de energía.

Allí estaban sus hombres, arrimando sacos terreros contra el borde de la muralla, sobre los que colocaban sus fusiles. Al verle aparecer lanzaron hurras y gritaron el nombre de su capitán.

Abrumado y aún sin creer que estaba libre, Thomas comprendió que las preguntas debía dejarlas para más tarde. Delante suyo había centenares de enemigos. Vio al duque impartiendo órdenes y disponiendo el asalto de las hordas yukaes contra las murallas ahora defendidas por los terrestres.

—Hemos apuntalado la puerta —dijo Ornar metiendo una bala en la recámara de su fusil—. La condenada no tiene ningún cierre y contra ella dirigirá el duque el ataque.

—No es muy buena la situación —masculló Thomas. Al otro lado del cráter quedaban miles de demonios, que seguramente irrumpirían en la gran explanada del interior de un momento a otro. El duque ya debía haberles enviado una orden al respecto.

Allí estaban todos los fusileros terrestres. Pero el centenar y pico de soldados podían ser insuficientes para contener el furioso ataque de

los demonios. Quizás lograsen detener el primer asalto, pero cuando Longor comprendiese que dividiendo sus tropas y convirtiéndolas en varia puntas de lanza podría superar las murallas, de apenas tres metros de altura.

La arenga del duque terminó y cientos de yukaes agitaron sus armas y se lanzaron al ataque, aullando como una horda de demonios surgida del mismo infierno.

CAPÍTULO X

Casi un centenar de fusiles dispararon al mismo tiempo y algunas docenas de asaltantes cayeron sobre el polvoriento suelo del cráter. Pero detrás de los caídos llegaron más demonios y siguieron avanzando en dirección a las cerradas puertas del Torvae.

Detrás, el duque les animaba a la lucha, rodeado de los alombaganos de su guardia personal.

Tras varias tentativas, los yukaes se retiraron, dejando cientos de muertos ante las murallas.

Thomas gritó el alto el fuego. Cuando alzó la mirada vio que frente a ellos, por las laderas, descendían los miles de yukaes que habían quedado al otro lado.

Se volvió hacia Omar, diciendo: —Esto se pone feo.

—Sí, es lo que estoy viendo —rió el turco—. Pero aun pueden llevarse esos monstruos una sorpresa.

—¿Qué quieres decir? Por cierto, ¿cómo estáis aquí?

—Envié una patrulla y descubrió que Longor se dirigía hacia el sur, apartándose mucho de Wranderle. Pensé que quería llegar hasta aquí antes de regresar por sus pasos y entrar en el valle por el desfiladero.

Thomas movió la cabeza.

—Pretendía cogeros por la espalda. No habría elegido el camino del desfiladero para entrar en el valle. Al parecer existe otra ruta que es

desconocida incluso por el general Larmión.

—Entonces me alegro de haber convencido a Asiara y a Larmión de que lo más sensato era dejar de defender Wranderle —suspiró Omar —. Aquí le daremos lo merecido a ese traidor y sus demonios.

—¿Tú crees? —preguntó Thomas señalando la masiva llegada de los yukaes. Los recién llegados traían gruesos troncos. Alguno usarán como ariete y otros querrán usarlos como escalas de asalto. Longor habrá aprendido la lección y ahora será más prudente antes de lanzar un nuevo ataque.

Omar le tocó en el hombro y le señaló las alturas del cráter, en la parte opuesta por donde bajaban los yukaes.

Thomas se volvió y miró hacia allí. El sol reflejó miles de armas de acero, que como una marea, discurrían por las alturas del cráter y convergían hacia el punto que los demonios estaban usando para entrar.

—Son las tropas de Asiara —explicó Omar recargando su fusil—. Estaban apostadas al otro lado. Sorprenderemos a los demonios. Dominando los picos del cráter les impediremos entrar y podremos dedicamos a aniquilar a los que ya están dentro.

—¿Quién trazó esta estrategia? —preguntó Thomas, mirando fijamente al turco y creyendo adivinar cuál iba a ser la respuesta.

—¡Por supuesto que yo! ¿Es que no se nota? —exclamó Omar, riendo.

—Claro que sí —asintió el británico—. Ahora comprendo por qué fracasamos en Gallípolis —arrugó el ceño—. Me pregunto si a estas alturas el Alto Mando aliado habrá tomado la sensata decisión de ordenar la retirada.

Omar asintió.

—Es lo que habría hecho yo si fuera el jefe supremo inglés. Mientras las vanguardias alombaganas de Asiara corrían para cerrar el círculo alrededor del Torvae y cortaban la ascensión de más yukaes, aún sin percatarse de lo que sucedía, el duque ordenó el ataque contra las murallas, tal vez confiado de que aquel asalto sería incontenible para los defensores terrestres, pese a sus armas de fuego.

Unos soldados recorrieron las murallas repartiendo granadas que sacaban de unas cajas de madera. Omar puso delante del saco terrero

de Thomas varias, advirtiendo:

—Son las últimas, amigo. Debemos usarlas bien.

Todos los soldados soltaron sus fusiles y cogieron las bombas de mano, pasando los dedos por el seguro y tensándolos.

Cuando la rugiente masa de atacantes estuvo a menos de cincuenta metros de las murallas, los soldados arrojaron las granadas unas detrás de otras.

Cientos de yukaes saltaron por los aires despedazados, pero seguían llegando más, cargados con árboles talados, lanzando gritos infrahumanos.

Un ariete sostenido por una docena de demonios empezó a golpear la cerrada puerta de acero. Los soldados que vigilaban los lados dispararon contra los yukaes y el ariete cayó pesadamente al suelo.

Pero la densidad asaltante les permitió que varios troncos fueran apoyados contra las murallas y una riada de demonios empezó a ascender por ellos.

En un punto algunos yukaes lograron saltar sobre los sacos terreros y alcanzaron con sus largas y pesadas espadas a varios defensores. Thomas gritó al cabo Fischer que le siguiese con su pelotón y él tomó un fusil con bayoneta de un muerto. Ciegamente, se lanzó contra los yukaes que remataban a los heridos.

Clavó la bayoneta a un demonio, atravesándolo. Su horrible cara se contrajo de dolor y Thomas lo empujó, para luego sacar el acero. Con la culata golpeó a un yukae pequeño, haciéndolo saltar al vacío.

Fischer y los demás consiguieron limpiar de enemigos la muralla y la defensa fue taponada. Omar dijo a Allemby cuando éste regresó a su puesto de combate:

—Amigo, ahora comprendo por qué nos costaba tanto conseguir echaras de la península. Te reconozco tu valor.

Thomas meneó la cabeza. Omar no perdía su extraño sentido del humor ni en las peores circunstancias. Echó un vistazo a la lucha. La defensa parecía haberse consolidado y las descargas de fusilería ponían en franca retirada a los demonios. El montón de cadáveres que dejaron era impresionante.

Miró hacia arriba. Los soldados de Asiara ocupaban todo el círculo del cráter. Al mismo tiempo que evitaban que los yukaes subieran desde la llanura, impedían la huida a los cada vez mas atemorizados demonios, que después de fracasar el ataque contra el Torvae, querían escapar del interior del cráter, siendo inútiles los intentos de Longor para contenerlos.

De pronto se escucho un prolongado siseo. El cielo se cubrió de flechas, que tras alcanzar su máxima altura empezaron a caer, ululantes, sobre las masas dispersas de yukaes.

Thomas localizó al duque, quien usando su escudo sobre la cabeza, se protegió de la mortal lluvia. Varias flechas quedaron clavadas en el escudo. Longor se encontró solo en medio de una pira de muertos, Yukaes y soldados de su guardia personal. Un tropel de demonios desfilaron ante él y ya no hizo ningún intento de contenerlos.

Cuando los demonios se alejaron, Thomas no vio al duque. Tal vez, pensó, había sido aplastado por los demonios.

Por las laderas, empezaron a bajar pelotones de alombaganos, provistos de sus lanzadores de dardos. Metódicamente fueron acabando con los dispersos yukaes que corrían de un lado para otro, como ciegos.

Thomas se apoyó sobre el parapeto y se secó el sudor de la frente.

—Parece que se ha terminado. Omar.

El otomano asintió, como si lamentara que hubiese acabado lo que para él parecía ser una diversión.

Thomas oyó que alguien gritaba su nombre. Buscó y vio a Asiara, que acababa de descender por la ladera, a su derecha, correr entre los cadáveres de yukaes, hacia las murallas.

Sin pensarlo, Thomas saltó al exterior, flexionando las rodillas. Se incorporaba cuando oyó que Omar le gritaba algo que no entendió. Pero al mirar hacia Asiara vio, con terror, que Longor surgió de entre los muertos yukaes y se precipitaba, arma y escudo en manos, hacia la princesa.

Asiara también fue advertida por el grito de Omar y blandió su espada para defenderse del duque. Longor, con los ojos inyectados en sangre, furiosamente, atacó a la mujer, moviendo en rápidos molinetes su espada.

Thomas corrió hacia allí. Mientras lo hacía recordó que sobre las murallas había dejado sus armas. Tropezó con un cuerpo. Era el de un alombagano de Longor y tomó su espada, cruzándola contra la del duque en el justo instante en que éste la dirigía contra Asiara.

El capitán notó dolor en su brazo al contener el fortísimo golpe del duque. Apenas había recibido unas lecciones de esgrima, pero que de nada le valían en una lucha con largas y pesadas espadas.

Incluso tuvo que usar las dos manos para manejarla. Enfrente tenía a un desesperado duque Longor, quien al verle desató contra él toda la rabia contenida en su cuerpo ante la aplastante derrota sufrida.

Longor le abrumó a golpes que Thomas a duras penas podía contener. A veces le golpeaba con su escudo erizado de flechas.

Retrocediendo siempre, Thomas vio por el rabillo del ojo cómo Asiara se levantaba y buscaba su espada perdida. Rogó para que ella tuviera tiempo de acudir en su ayuda. Si golpeaba a Longor por la espalda sería la única solución para la peligrosa situación en que él se hallaba.

De pronto, Longor de un furioso tajo le arrebató el arma, Thomas retrocedió y al hacerlo sintió detrás suyo un cuerpo. Cayó de espaldas. Longor lanzó un grito de triunfo y se aprestó a lanzarle el golpe definitivo.

Asiara había encontrado su arma, pero estaba demasiado lejos. Longor quiso asegurarse la estocada y se agachó sobre Thomas, poniéndole la rodilla sobre el vientre, al mismo tiempo que alzaba la espada. La mano izquierda que sujetaba el escudo se adelantó, colocándolo sobre el cuello de Thomas.

Casi ahogado, Thomas intentó zafarse del escudo. Sus manos, desesperadamente, tocaron las flechas clavadas en él. Cogió una y la sacó. La aferró con todas sus fuerzas y cuando Longor iba a descargarle el acero sobre la cabeza, él se la hundió sobre la cota de malla, en el cuello.

La faz de Longor se descompuso y su boca se abrió, pero incapaz de emitir ningún grito; se limitó a lanzar un ronquido. La flecha le había atravesado el cuello.

Thomas se liberó de la presión del escudo sobre él y saltó a un lado, viendo cómo Longor, lentamente, caía de bruces sobre la pila de cadáveres.

Quedose mirándolo, aún sin creer que había conseguido salir ileso de la lucha. Sólo notó la presencia de Asiara cerca de él cuando los brazos de la mujer le rodearon.

* * *

Había costado dos días de desagradable trabajo limpiar de muertos el interior del cráter. Al fondo formaban las tropas alombaganas y el pequeño ejército del rey Ardancan. Cerca del Torvae estaban formados los británicos y turcos supervivientes del combate. Cerca de ellos, formando un atractivo montón, yacían sacos que contenían oro y metales preciosos. Era la muestra de gratitud de los humanos de Ohba hacia ellos por haber combatido a su lado.

Asiara dijo a Thomas, junto a la entrada del Torvae: —Está dispuesto a todo, Thomas —su voz sonaba triste—. Sólo tenéis que situaros entre las doce columnas y esperar. Yo activaré la energía del Torvae y antes de un segundo os encontraréis en la Tierra. Pero no os garantizo que aparezcáis en el mismo sitio. Puede ser en otro punto muy lejano de vuestro planeta. Eso es debido a la rotación de la Tierra… Yo …

Thomas tomó las manos de ella y se las llevó a los labios, besándolas mientras la miraba fijamente a los ojos. Asiara los apartó de él y dijo:

—Vamos, los ajustes están hechos para dentro de un minuto. El Torvae está recargado. Ha tomado energía de las estrellas y sólo podré hacerla funcionar una vez… Tardará muchos años en volver a estar en condiciones de usarlo.

El capitán asintió y se volvió hacia sus hombres. Omar le pidió que le dejase a él mandar por última vez a los soldados.

—Apenas tengo a siete de los míos, Thomas, pero ha sido un honor para mí luchar al lado de vosotros —le tendió la mano y mientras se la estrechaba añadió—: No sé en qué lugar apareceremos en la Tierra, pero una vez allí, si es una nación neutral, nos separaremos. Pero si tenemos la mala fortuna de llegar a un campo de batalla tal vez tengamos que soltar el botín y empuñar las armas de nuevo.

—No creo que tal cosa suceda, amigo —sonrió Thomas—. Por favor, dirige tú las tropas.

Omar ordenó en inglés y turco a los soldados que entrasen en el Torvae y se colocasen entre los pilares. La tropa recogió los sacos y avanzó a paso de maniobra hacia dentro, situándose en el área limitada por las columnas.

Thomas entró también y Asiara, seguida del general Larmión, y del capitán Luttande, le acompañaron. La mujer, lentamente, volvió la espalda a los terrestres y se colocó ante las palancas que debían activar las misteriosas fuerzas del Torvae.

—Es la hora, Alteza —la advirtió el general tristemente. Asiara, cerrando los ojos, dando la espalda a los soldados, bajó las palancas. Todo el interior del Torvae se inundó de una luz fuerte, que duró unos segundos.

Muy despacio, Asiara empezó a volverse, esperando encontrar el perímetro central del Torvae desierto. Cuando ella mirase los terrestres ya debían encontrarse en su mundo.

Recordó que Thomas le había pedido que ella regresase a su mundo con él y Asiara, con lágrimas en los ojos, se negó, alegando que su país la necesitaba.

Había cerrado los ojos. Al abrir los casi no pudo dar crédito a lo que veía.

Los terrestres habían desaparecido dentro del perímetro, pero fuera de él, confuso, estaba Thomas Allemby.

Asiara gritó su nombre y corrió hacia él, abrazándole.

Thomas dijo en un susurro, como si quisiera comprender, con sus palabras, lo que había pasado:

—Estaba al lado de Omar y de pronto... ¡Eso ocurrió! El me empujó fuera, justo en el momento en que me vi rodeado de un relámpago...

Ella le miró a los ojos y exclamó:

—Que los dioses bendigan a Omar. Quiso que te quedases aquí, conmigo.

Thomas miró como desorientado, el desierto Torvae.

Asiara le preguntó temerosa:

—No era tu deseo quedarte aquí, ¿verdad? Lo siento.

Aunque difícil, intentaré que el Torvae vuelva a funcionar cuanto antes.

—Oh, no es eso —sonrió Thomas—. Siempre quise quedarme pero... Ayer confié a Omar que lo habría hecho, pero comprendía que no podía hacerlo porque tú serás reina de Alombaga y yo sólo soy un capitán de Su Majestad Británica.

—Eres un estúpido —rió ella—. Sería capaz de abdicar por ti, pero no será necesario. Untionil también tendrá para ti sus expresiones de alegría.

Asiara le tomó del brazo y radiante de felicidad se dirigió hacia donde estaban Larmión y Luttande, que sonreían satisfechos por el desenlace.

Cuando salieron del Torvae, los soldados alombaganos que esperaban fuera prorrumpieron en gritos y vivas.

Asido a Asiara, Thomas creyó escuchar que también gritaban su nombre junto al de la princesa.

EPÍLOGO

Parte del informe del Estado Mayor de la 29 División del Cuerpo Expedicionario aliado en Gallípolis.

«...Quedó concluida la evacuación el 4 de enero de 1916 sin apenas bajas de consideración La operación fue un éxito.

»Como hecho insólito cabe destacar que las posiciones ocupadas por la Segunda Compañía del Tercer Regimiento de su Majestad, al ser enviados allí unos enlaces, mostraban un extenso y profundo cráter, lo cual es un misterio porque desde hace muchos días la artillería turca no disparó un solo obús en dicha zona. Se rastreó el terreno y no se encontró un solo cadáver. Tampoco se localizó algún resto del gran depósito de municiones que custodiaban.

»Su comandante, el capitán Thomas Allemby, estaba propuesto para la Medalla al Valor. Se confirma que no se podrá enviar la condecoración a ningún familiar, ya que carece...»

* * *

Parte del comentario de un artículo publicado por el periodista Salvador Santos en el Correo de Mendoza el 20 de enero de 1919.

«...A mediados de febrero de 1916, el jefe de policía de Tomillo, a cincuenta kilómetros de Mendoza, recibió la visita de un hombre alto y de tez morena. Se expresaba mal en español y muy bien en inglés. Con él llegaron ciento cinco hombres aparentemente uniformados, cargados con pesados sacos. Estos hablaban en inglés Además, había un grupo de ocho personas que se expresaban en un idioma incomprensible. Se supone que entregaron bastante oro al jefe de policía para que éste les proporcionara ropas civiles y medios para trasladarse a Buenos Aires.

»Se sabe que en la capital de la República se presentaron ante el cónsul británico y solicitaron ser repatriados a Inglaterra. Pero por circunstancias de la guerra tuvieron que permanecer en Buenos Aires hasta finales de 1918, en que partieron en un buque australiano cuando los submarinos alemanes dejaron de ser un peligro.

»En Argentina se quedaron siete hombres que luego se supo eran turcos. El hombre de tez morena les aconsejó en la compra de una hacienda en el norte. Luego él regresó a Turquía, tras el golpe de estado del general Kemal en el que fue derrocado el sultán...»

FIN